

PATROCINADA LA SECCION DE ASTURIAS,
POR EL EXCMO. SR. D. RAMON DE CAMPOAMOR

REVISTA DECENAL ILUSTRADA

PATROCINADA LA SECCION DE GALICIA,
POR EL EXCMO. SR. D. ANTONIO ROMERO ORTIZ

TOMO III

MADRID 8 DE MARZO DE 1881

NÚM. 7

Colaboradores literarios: Acebal (D. J.).—Alas (D. G. y D. L.).—Alvarado (D. S.).—Alvarez Amandi (D. J.).—Alvarez Bugallal (Excmo. Sr. D. S.).—Alvarez de Castro (D. C.).—Alvarez Insua (D. W.).—Alvarez de Lorenzana (Excmo. Sr. D. J.).—Alvarez Mitjares (D. E.).—Aramburu y Zuloaga (D. F.).—Arenal (Doña C.).—Arias de Miranda (D. J.).—Armesto (D. I.).—Armiño (Doña R.).—Avenidaño (D. J. y D. T.).—Aza (D. V.).—Balbin de Unquera (Ilmo. Sr. D. A.).—Barreiro (D. B.).—Barros (D. M.).—Becerra (Excmo. Sr. D. M.).—Cándamo (D. V. G.).—Cale de Quintero (Doña E.).—Calzada (D. R.).—Calzado (D. A.).—Cancio Villaamil (Excmo. Sr. D. M.).—Canela Meana (Ilmo. Sr. D. B.).—Canella y Secades (D. F.).—Caso (D. J. I.).—Castro de Murguía (Doña R.).—Caveda (Ilmo. Sr. D. J.).—Cepeda (D. F.).—Cid Osorio (D. V.).—Compañel (D. J. y D. J.).—Corral (Doña R.).—Cuervo Valdés (D. V.).—Cuesta (Ilmo. Sr. D. J. P.).—Cuesta (D. T.).—Curros Enriquez (D. M.).—Cuveiro (D. C.).—Chao (Excmo. Sr. D. E.).—Escalera (D. E. y D. R.).—Felipe del Pan (D. J.).—Feijóo (D. T.).—Fernandez y Gonzalez (D. M.).—Fernandez Alonso (D. B.).—Fernandez Ladreda (D. M.).—Florez (D. J. M.).—Fuentes Acevedo (D. M.).—García Barzanallana (Excmo. Sr. D. J.).—García Caveda (D. J.).—G. Quintero (D. L.).—García del Real (D. T.).—García Riega (D. C.).—García Rivera (D. V.).—Gonzalez Alegre (D. J.).—Gonzalez (Ilmo. D. F. C.).—Gonzalez Llana (Excmo. Sr. D. M. y D. F.).—Gonzalez Regueral (D. S.).—Jove y Bravo (D. R.).—Jove y Hévia (Ilmo. Sr. D. P.).—Labra (D. R.).—Lamas Carvajal (D. V.).—Laverde (D. S.).—Linares Rivas (D. A.).—Losada Astray (D. B.).—Lozano (Ilmo. Sr. D. J.).—Luanco (D. J. R.).—Machado y Alvarez (D. A.).—Martinez (D. S.).—Melendreras (D. J. R.).—Menendez de Lueca (D. A.).—Menendez Pidal (D. J.).—Menendez Rayon (D. D.).—Menendez Valdés (D. M.).—Mitjares Real (Doña E.).—Montero Aróstegui (D. J.).—Montero Rios (Ex-

celentísimo Sr. D. E.).—Mosquera (Excmo. Sr. D. T. M. y D. A.).—Murguía (D. M.).—Muruais (D. A. y D. J.).—Ojea (D. J.).—Olloqui (D. E.).—Palacio Valdés (D. A.).—Pallares (Sr. Conde de).—Pando y Valle (D. J.).—Pardo Bazan (Doña E.).—Paz (D. J. M.).—Pedregal y Cañedo (Excmo. Sr. D. M.).—Peña Rucabado (D. M.).—Pereira (D. A.).—Perez Moris (D. J.).—Perez Varela (D. H.).—Pico de Coaña (D. J.).—Pidal y Mon (D. A.).—Pondal (D. E.).—Posada (D. J. M.).—Posada Herrera (Excmo. Sr. D. J.).—Puga (D. M. M.).—Quereizaeta (D. A.).—Quintana (D. L. N.).—Rey (D. N.).—Rodriguez Mourelo (D. J.).—Rodriguez Carracedo (D. J.).—Rosado (D. F.).—Saco y Arce (D. J.).—Salgado Vazquez (D. B.).—San Julian (D. F.).—San Roman (Doña J.).—Salgado (D. A. y D. J.).—Segade Campoamor (D. R.).—Sieiro (D. J.).—Silva (Doña M.).—Somoza (D. J.).—Suarez Bravo (D. C.).—Suarez Inclan (D. E.).—Taboada (D. L.).—Taboada de la Riva (Excmo. Sr. D. M.).—Toreno (Excmo. Sr. Conde de).—Valladares (D. M.).—Valle (D. R.).—Vallin (Excmo. Sr. D. A. F.).—Vallina (D. I.).—Vazquez (D. A.).—Vazquez Queipo (Ilmo. Sr. D. V.).—Vicenti (D. A.).—Villaamil y Castro (D. J.).—Villar (D. R.).

Colaboradores artísticos: Acebal (D. R.).—Acevedo (D. J.).—Angel (D. M.).—Avenidaño (D. S. y D. T.).—Avila (D. T.).—Brocos (D. I. y D. M.).—Buch (D. R.).—Carrizo (D. E.).—Carretero (D. A.).—Cuevas (D. J. y D. T.).—Escalera (D. P.).—Fierros (D. D.).—G. Sampedro (D. T.).—Guisasola (D. F.).—Grajera (D. J.).—Jaspe (D. A.).—Leon Escosura (D. I.).—Martinez (D. N.).—Melendez (D. G.).—Murguía (Señorita Doña A.).—Muro (D. E.).—San Martin (D. J.).—Suarez (D. J.).—Suarez Llanos (D. I.).—Villaamil (D. L.).

LA ILUSTRACION es campo neutral abierto á la libre manifestacion de todas las ideas, y no responde ni se hace solidaria de las opiniones de sus colaboradores. Se reserva la propiedad literaria y artistica de los trabajos que publica.

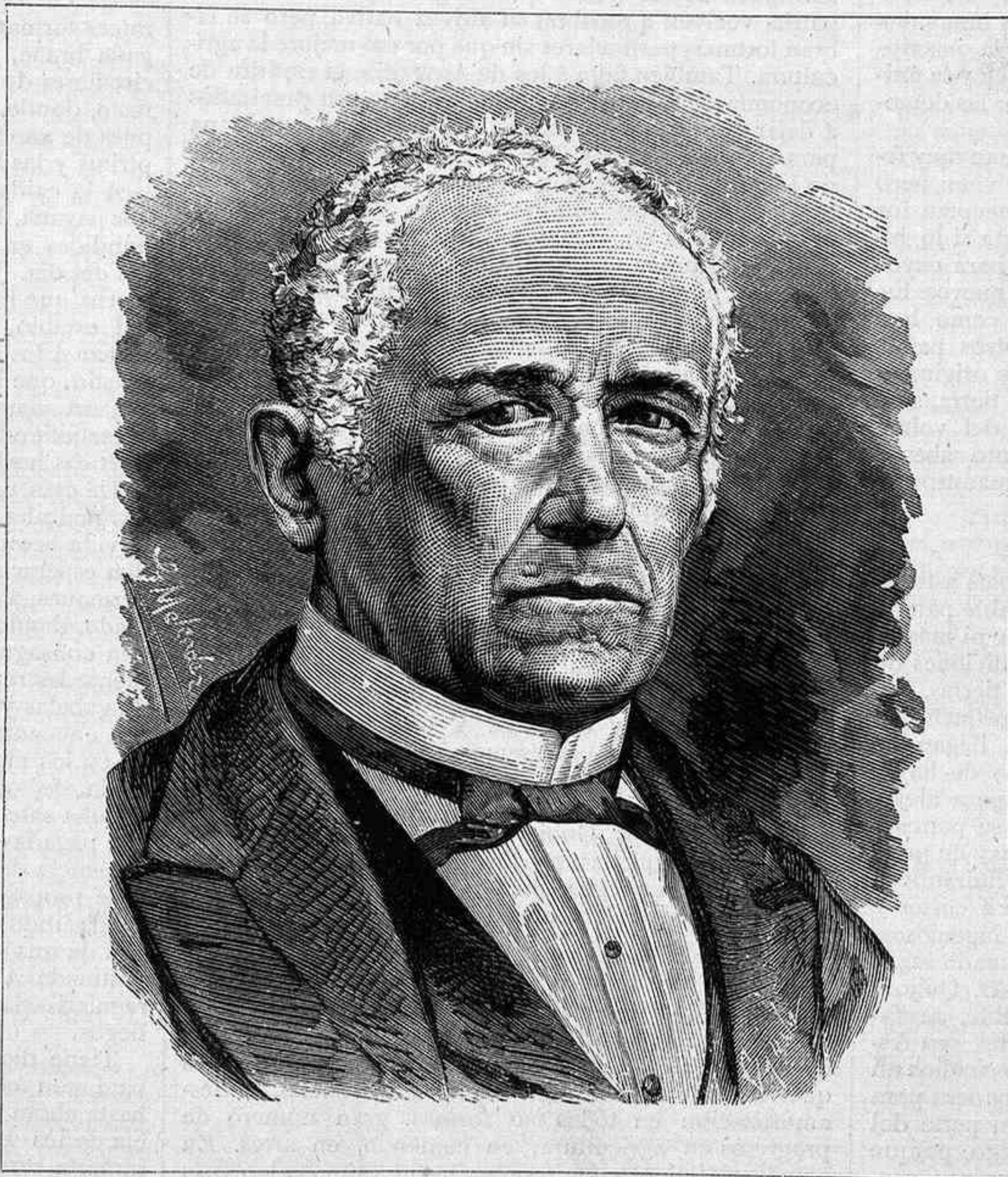
SUMARIO

TEXTO: Revista decenal, por D. Antonio Balbin de Unquera.—Industria ganadera, por D. Alfredo Vicenti.—Rúbricas de personajes célebres en la historia de Galicia y Asturias (facsimiles tomados de sus originales en el archivo general de Simancas), por D. Bernardo Barreiro.—Padron y las inundaciones, por doña Rosalia Castro de Murguía.—Excursiones por las costas de Galicia: la ria de Arosa, por don Félix Buhigas Prat.—Vías de comunicacion y obras públicas.—Mentira y verdad, episodio de nuestras discordias civiles; novela póstuma é inédita, por D. Fernando Fulgoso (continuacion).—Despedida: A Asturias, por doña Emilia Mijares del Real.—Poesias inéditas del P. Feijóo, por D. Antonio Vazquez.—El banquete democrático de Orense.—El aliento del ahorcado, leyenda, por D. Juan Menendez Pidal.—La revelacion de Psiquis: cuadros rurales, por D. José Ojea.—Nuestros grabados.—Efemérides de Galicia y Asturias, por D. A. Vazquez, D. F. Canela y D. B. Vigon.—Disposiciones oficiales.—Misceláneas.—Noticias regionales.

GRABADOS: D. Carlos R. Fort y Pazos.—Tipos populares de Asturias: músicos callejeros (composicion y dibujo de D. José Cuevas).—Diplomática gallego-asturiana: rúbricas de personajes célebres en la historia de Galicia y Asturias (tomadas por nuestro colaborador D. Bernardo Barreiro de V. V.).—Torre del castillo de Arjonilla, en la que fué muerto el célebre poeta Macias.

REVISTA DECENAL

¿Qué pueblos necesitan estar más unidos y conservar con mayor solitud esta union? Los más pobres, ó los que teniendo elementos naturales de riqueza por varias circunstancias, no pueden desarrollarlos. ¿Y qué pueblos se han aprovechado mejor de la asociacion? Los que se encuentran en las mismas condiciones. Hé aquí una verdad en todas partes, pero sobre todo en España. La diferencia está, sin embargo, en que otros pueblos han encontrado el remedio á tan grave mal en las sociedades cooperativas, agrícolas é industriales, mientras en España no se ha utilizado este gran invento, y lo que no hace la pública



D. CARLOS R. FORT Y PAZOS

Nació en la Coruña el 4 de Noviembre de 1807; † en Madrid el 9 de Abril 1878.

administracion, que es muy poco, tiene que hacerlo la limosna que, recibida cuando se puede evitar, de-grada á quien la recoge.

Hé aquí cómo definía La-Bruyère los labradores de su época: «Hay ciertos animales feroces, machos y hembras, esparcidos por los campos, ennegrecidos, tostados por el sol, sujetos á la tierra que excavan y remueven con obstinacion incomparable, que tienen como una voz articulada y que al andar dejan ver rostros humanos; que por las noches se retiran á sus cubiles, donde se alimentan con pan negro, agua y raíces; que ahorran á los demás hombres la fatiga de la sementera, de la labranza y cosechas necesarias para la vida, y sólo por eso merecen que no les falte el pan que sembraron.» Esto eran los labradores antes que la ciencia discurriese medios de mejorar su condicion: ¡qué diferencia no existe entre aquellos y los actuales colonos! Los falsos reformadores sociales hablaron á su oido, prometiéndoles una felicidad imposible de conseguir, y los labradores hicieron bien al no atenderlos; la ciencia de nuestros dias, práctica y no soñadora, organizando sociedades que cubren como una inmensa red toda la Alemania, les ofrece un verdadero porvenir en las sociedades cooperativas, llevando el espíritu de union á las instituciones de diversos géneros, despues de infundirlo en los socios de cada una y comunicándose éstos con noble franqueza cuantos datos son precisos para el logro de sus propósitos. Deberían existir, formando una federacion, 1.403 sociedades, distribuidas en treinta ligas secundarias, y hay esperanza de que dichos grupos se formen muy pronto; pero realmente sólo forman la federacion cuarenta

y siete asociaciones. Schultze Delitzsch, el infatigable propagador de estas sociedades, censura como indiferentes á sus propios intereses, á los que las forman; pero unidas ó no, dichas instituciones se conocen. Alemania, que ya tiene lo bueno, desea lo mejor: ¡cuánto peor está nuestra patria, que ni lo primero conoce!

Si entre nosotros la agricultura es más y puede más que la industria, es natural que se piense ante todo en sociedades que se dediquen á mejorar las condiciones con que se cultivan los campos. Si las artes y oficios no quieren conservar la parte útil de las instituciones gremiales, reinan los labradores para adquirir instrumentos y aperos de labranza, no menos que ganados, é impulsar las industrias que nacen del mismo aprovechamiento de las granjas. El labrador que presta una yuuta á su vecino, hace una obra de caridad, que no necesitó aprender de Alemania; pero el que forme sociedades como las que allí se conocen, siguiendo los preceptos de la ciencia moderna, sirve al mismo tiempo á sus convecinos y á su patria. Sin estas sociedades no podría adquirir máquinas, porque su fin no lo consentiría; sólo con ellas pueden hacerse, por medio del vapor, trabajos que en las actuales condiciones resultan caros é imperfectos; sólo por ellas pueden mejorarse, con cruzamientos de extrañas razas de animales, las del propio suelo; únicamente por ellas trabajan los campos de Prusia las castas y variedades más notables que produce Inglaterra. Y todo esto con capitales insignificantes, sobre todo si se relacionan estas sociedades con otras que se proponen la compra de primeras materias. Las leyes han venido á sancionar y á regular dichas fundaciones, sobre todo la del Imperio de 4 de Julio de 1866; y cuando el Gobierno se ha visto precisado á inscribir en sus Códigos las reglas de las transacciones particulares, apenas ha hecho más que copiar los estatutos por que ya se regían.

M. Rampal, en su famosa carta á los labradores franceses, que precede al *Manual* de Schultze, dice: «Muchos Gobiernos se quejan de que día por día se disminuye y se extingue el respeto de los pueblos á los Gobiernos.» ¡Y cómo no si el poder, como la riqueza, sólo tienen derecho á la pública estimación cuando se han adquirido por las vías legales y en proporción al buen uso que se haga de los mismos! Los hombres de nuestra generación han visto demasiados ejemplos de monstruosos y escandalosos medros para que respeten indistintamente las categorías. Los *grandes de la tierra* han ofrecido al mundo en espectáculo un siniestro Carnaval, y los personajes se han hecho ridículos unas veces, y otras odiosos, mostrándonos siempre, en la catástrofe con que cierran la fiesta, que aún eran menos inmorales que imbéciles... *Libertad bajo la ley*, tal es la inscripción que ostenta el palacio cantonal de Zurich y la única fórmula con que pueden respetar al poder las democracias.»

De los labradores decía Virgilio que serían muy felices si pudiesen conocer el bienestar de su vida; pero este bienestar no puede hoy existir si no aceptan los progresos de nuestra época; feliz sería España si lo hiciera, felices también nuestras provincias, para cuyos inveterados males tiene la ciencia remedios nuevos. Estudien los buenos patriotas de las mismas como han podido prosperar Suiza, Prusia, Baviera y otros países alemanes, y no desmayarán al ver que no se origina la pobreza, en el pueblo, de la ingratitud de la tierra, sino del descuido, de la sistemática obstinación, del voluntario atraso de los que debieran enseñar cuanto saben y aprender más, para ser cada día mejores maestros de los labradores.

No há muchos años que, recorriendo el país asturiano el malogrado Guillermo Schulz, inolvidable para la provincia, declaraba que la agricultura era ni más ni menos de lo que podía ser, dadas las condiciones de un país tan accidentado. «El cultivo de las tierras, decía, es esmerado en lo general, aunque en pequeño, y penoso. En el montañoso concejo de Ponga llegan los maizales hasta tocar en los bosques y selvas de haya, en que son frecuentes los osos y jabalíes, y para alejar estas fieras y defender de ellas la cosecha, se ponen á la orilla de las heredades en fruto, donde hay un poco de agua corriente, unos sencillos aparatos hidráulicos que hacen ruido de día y de noche, aunque á cortos y determinados intervalos, y no dejan de ser ingeniosos, á la par que muy propios al efecto.» Adecuado lugar para nocturnas aventuras y sobresaltos de D. Quijote y su escudero. Del castaño, casi incombustible, se fabrican las viviendas, por lo cual, dice Schultze, «en Asturias son muy raros y poco temibles los incendios en las poblaciones que usan de esta clase de madera para sus edificios, inclusive pisos y techos. Gran parte del país carece de agua, y es muy difícil el riego, porque los arroyos escasean y los ríos, que tampoco son caudalosos, van demasiado hondos, para, por medio de acequias, poder fertilizar las ondeadas campiñas. En algunos puntos de la cuenca cretácea tal vez podría obtenerse agua ascendente por medio de la sonda artesiana; pero esta clase de ensayos, siempre costosos, deben ser precedidos de un reconocimiento especial y prolijo

del sitio y término donde se intente practicarlos.» La verdadera riqueza del país tiene dos procedencias: los prados y las minas; aquellas altísimas sierras como el pico Pienzo en Sueve, donde abarca la vista desde el cabo Ortegale, en Galicia, hasta Vizcaya, y aquellas otras hacia Leon, en donde pasan alguna temporada del año los ganados trashumantes, y las minas, sobre todo las de carbon, encierran tesoros casi no aprovechados. El ilustre geólogo pedía que no se hicieran con tanta negligencia la explotación y el comercio de estos carbones; que no se mezclasen sus clases, porque en realidad las hay muy diferentes, y con estas precauciones no vacilaba en asegurar que de tanta riqueza se verían muy próximos grandes resultados. Al menos indicaba como excelentes sesenta bancos de carbon, cuyos productos, si se mezclaban con los de otros muy inferiores, desmerecerían necesariamente. Compárese su extracción actual con la de 90.000 quintales que señala Miñano en su *Diccionario*, y se conocerá la diferencia de ambas épocas. Del azabache no decía este autor sino que «se hacían mil chucherías y que gustaban á las otras provincias y á los extranjeros;» y en verdad que este es poco aprovechamiento, y aún así, en vez de aumentar, quizá disminuyó desde que se imprimió aquella frase.

«Han juzgado muy equivocadamente á Asturias, decía también Miñano, los que, viendo á los miserables que abandonan esta region y que de ordinario no son otra cosa que la redundancia de su población, la calificaron de miserable y estéril, ó la tuvieron por una cruel madrastra, que no pudiendo alimentar sus hijos, los arroja y echa de sí para que vayan á otras partes á servir en los más ruines ministerios.» Si cualquiera otra provincia de país extranjero contase con aquellos elementos, no hay que dudarlo, el Gobierno central le dedicaría tanta solicitud como á las más importantes; mas el español las trató mucho tiempo como el héroe de un romance del Cid apreciaba á los asturianos.

Curioso sería un estudio comparativo entre la índole de asturianos y gallegos y la de otras provincias que dan á la capital de Francia y á las de otros países gran número de huéspedes y trabajadores. Hay semejanzas y diferencias muy notables entre aquellos pueblos y los naturales de Auvernia. Una y otra raza, fuertes por naturaleza utilizan, las fuerzas físicas, sin dejar de aprovechar las intelectuales, cuando hallan ocasion oportuna. El culto de la patria y el del hogar los siguen donde quiera que emigran, y al volver á la patria, vuelven á recobrar su altivez nativa; pero se labran fortunas particulares sin que por eso mejore la agricultura. También falta á los de Auvernia el espíritu de economía de nuestros paisanos, y así se ven precisados á dejar desiertas más de una vez sus casas, y alguna para no volver á ellas. Por eso es pobre el país, aunque no le falten recursos. Un ilustre escritor francés atribuye á las guerras con los ingleses, y á las religiosas, el origen de la emigración de Auvernia; una causa puramente histórica no explica la permanencia del fenómeno, ni por razones análogas pueden explicarse los de Asturias y Galicia. Al menos asturianos y gallegos, que lanzaron del suelo natal á los infelices invasores, no dirán, como el campesino de Auvernia, que sus enemigos llenaron de castillos el país, y que lo abandonan, como lo abandonaron sus padres, porque la sombra de los invasores los persiga. No es más fácil comprender la emigración de Saboya (pues ésta y Auvernia, representan en Francia á Galicia y Asturias), á no ser porque una superficie de 1.020.195 hectáreas encierra una población de 545.431 habitantes; allí se ve, como se ha dicho, toda Europa en miniatura; abundan las minas; la industria deja desde 1855 más de un millón de francos al año entre los aldeanos obreros; atraviesa el país el gran ferro-carril del Mont-Cénis, y puede ofrecer sus productos el trabajo á los dos mercados de Francia y de Italia. Y sin embargo, la emigración no cesa. Si pudiésemos proseguir estudio tan importante, quizá el más de cuantos hemos indicado en estas revistas, añadiríamos que sólo la falta de protección de los Gobiernos puede originar males como los de aquellas provincias y las nuestras, y que su paciencia y resignación son tan grandes como sus no aprovechados elementos de riqueza y su proverbial desamparo.

Se anuncia en Orense la formación de una Sociedad Económica. Terminaba el siglo XVIII cuando nacieron en España; á ellas se deben nuevas enseñanzas, leyes que variaron toda nuestra organización social, la desamortización en todas sus formas, gran número de progresos en agricultura, en comercio, en artes. En aquel movimiento que representaron fuimos algo más adelante que muchos países hoy reputados por modelos; cada provincia española debería tener una de estas instituciones. Hé ahí un jiron de nuestro antiguo manto con que podemos adornarnos todavía; de Asturias son los dos nombres que inauguraron aquella época.

¡Llor eterno á Campomanes, que representó el pro-

greso moral con su *Educación Popular*; á Jovellanos, que supo formular la síntesis de todos los adelantos materiales con su *Informe sobre la ley agraria*!

ANTONIO BALBIN DE UNQUERA.

LA INDUSTRIA GANADERA

Verde Erin se dice vulgarmente de Galicia, con tanta razón como pudiera decirse de la misma Irlanda.

Tierra accidentada, en la cual el sistema orográfico alcanza grandísimo desarrollo, y en donde apenas si hay extensión de media legua cuadrada que desde lo alto de alguna de sus múltiples eminencias deje de ofrecer á la sorprendida mirada dos ó más distintos horizontes, mana por todas partes el agua, ya sea en forma de cascada temerosa y bullente, ya filtrándose en menudos aljofarados hilos á través de rocas y arbustos, ó ya como recóndito manantial oculto en las depresiones del terreno, y destinado primero á calmar la sed de los pájaros, y á mover despues, convertido en arroyo respetable, algun tousco rodezno de molino.

Prescindiendo de los grandes montes, medio cubiertos, no obstante, de hiniesta, brezo y aliaga, ningun risco, picacho ni colina se atreven á mostrar sus gráficas desnudeces, y desde el Miño venerando hasta el anónimo riachuelo de origen y término desconocidos, desfilan las corrientes al abrigo de la bóveda natural que les forman aliños, chopos, castaños y fresnos; y si en ellas no moran ninfas ú ondinas, culpa debe ser de la índole de los tiempos, que no de la falta de secreto, de poesía y de frescura.

Débense estas dos bellezas propias, que gratamente contrastan con el descarnado aspecto y las sedientas trazas de los montes y rios meridionales, á la perpetua humedad de la atmósfera, á un tiempo madre é hija de la del suelo. Débesele asimismo, y hé aquí lo que al presente nos importa, un cultivo ó explotación que va adquiriendo de día en día mayores proporciones, á medida que en el país se reconocen las inmensas ventajas de la cría de ganado vacuno.

Permitido sea á un ausente, ántes de engolfarse en áridas estadísticas y enojosas cuestiones de interes material, recordar al paso esas anchas cintas de esmeralda tendidas á lo largo de los ribazos y en el declive de las laderas, que convidarían al descanso á no saberse cuán grande cantidad de agua encubren bajo su excitante alfombra; esas fajas encantadoras, aprisionadas casi siempre entre un terreno elevado y un rio, salpicadas de cenicientas mimbreras, cuyas entretejidas raíces forman á modo de un islote en medio de la anegada braña, y en las cuales se notan algunos espacios circulares de más brillante y más verde color que el resto, donde, segun la tradicion comun, se reúnen despues de anochecido, para girar en gozosa rueda, los espíritus y las hadas.

A la caída de la tarde bajan á ellas, armadas de la hoz pagana, las mozas del contorno, y allí permanecen hundidas en el légamo miéntras duran los resplandores del día. Juntan luégo en redondos haces la fresca hierba que ha de servir para entretenimiento nocturno del establo, y echando sobre la cabeza el grave peso, tornan á los respectivos hogares, seguidas del erizado mastin, que ladra acaso á la naciente luna.

Pero vengamos, que ya es tiempo, á la realidad, prescindiendo de melancólicas reminiscencias y de poéticas hechicerías.

De esas praderías, y no de los dilatados y pintorescos maizales, cuya deficiencia para las necesidades de la vida hemos demostrado en alguna otra ocasion, pueden esperar su prosperidad futura las cuatro provincias hermanas; á explotar esta aptitud de un suelo privilegiado, dando de mano al actual sistema de cultivo, deben consagrarse nuestros agricultores, visto que solamente les reporta utilidad y les alivia del enorme peso de gabelas y tributos la exportación de reses bovinas que encuentran por ahora segura colocación y demanda en los mercados de Inglaterra.

En efecto; por los puertos de Vigo, Villagarcía y la Coruña salen anualmente millares y millares de cabezas, pagadas á alto precio por los consumidores, á consecuencia de lo cual echa cada vez más sólidas raíces y se propaga por toda la comarca la afición á una sana industria, cuyos orígenes no se remontan más allá de una veintena de años, pero que, al parecer, está destinada á perpetuarse en Galicia, por poco que á regularizarla y mejorarla sepamos contribuir los gallegos.

Tiene dicha industria un mortal enemigo, que acabará con ella si continúa siendo tan desigual como hasta ahora el combate. Nos referimos á la competencia de los Estados-Unidos, de donde la Gran Bretaña importa carnes muertas.

De tres maneras se puede llegar en esta pacífica, aunque trascendentalísima contienda, ya que no al triunfo (cosa por hoy de todo punto imposible), cuando menos al sostenimiento de las adquiridas posiciones: ensanchando las zonas de pasto, mejorando la raza, ó abaratando los productos.

En lo que al primer punto se refiere, fuerza es reconocer que no ha tenido entre nosotros éxito alguno el ensayo de praderas artificiales, ni la introducción del bromo y del *simfito asperrimo* del Cáucaso, considerados como plantas forrajeras. Por fortuna, basta un mediano sistema de irrigación (al cual, hasta mejor coyuntura, debemos atenernos) para convertir, no sólo los terrenos bajos, sino que también los elevados, en ricas praderas, donde, á merced de la siembra ó espontáneamente, nacen con una maravillosa abundancia brizas, cinosoras, fetucas, glicerías, alfalfa, cominillos, gesas, coronas de rey, pipirigallos, tréboles, fluvias, alpistes y otras infinitas gramíneas y leguminosas, gratísimas todas al ganado vacuno.

Igual fracaso han alcanzado las tentativas de cruzamiento, por falta no sabemos si de discreción ó de perseverancia. Y bueno será que aquí nos detengamos un punto para hacer algunas ligeras consideraciones. Jamás se llegará en tal materia al resultado apetecido, cruzando de una sola vez las especies, sino haciéndolo gradual y progresivamente con las variedades. Son dos las principales razas europeas: la de la llanura ó holandesa, de la cual proceden la inglesa y la normanda, y la de la montaña, originaria de los Alpes, que comprende las suizas, bretonas y gallegas. Ahora bien; para alcanzar el mejoramiento de estas últimas, últimas asimismo en la respectiva escala, ni conviene la mezcla absoluta con las de la mejor especie, puesto que siempre predominará la sangre inferior, ni basta un único cruzamiento con las variedades de la segunda; hay necesidad de recorrer uno por uno los diversos grados, y acaso constituya un empeño estéril la aspiración de dotar á las castas de la montaña de propiedades y condiciones que, á causa de las influencias climatológicas, corresponden exclusivamente á las de la llanura.

Dicho esto, compréndese la esterilidad de los esfuerzos intentados, en cuyo desarrollo nadie ha querido perseverar; á mayor abundamiento, compréndese también que por de pronto sea preciso atemperarse al estado actual de las cosas, encomendando al tiempo y á un mejor estudio el buen éxito de las fracasadas tentativas.

De los tres medios indicados, no nos queda, por lo tanto, sino el tercero, el que se concreta á abaratar el producto. ¿De qué manera y en qué forma se ha de proceder para realizar este objetivo?

De nueve á once días, algunas veces menos, invierten en la travesía los buques de vapor que aportan á Inglaterra con las carnes muertas de la América del Norte, y tan sólo de tres á cinco, algunas veces más, los de vela que allá se llevan nuestros ganados; pero en fin de cuentas, la considerable economía de tiempo y de carbon alcanzada sobre los primeros por los segundos resulta semifallida á causa de los gastos mayores á que dan lugar el embarque y desembarque, en alto grado molestos y difíciles, la manutención de las reses á bordo, y por último, el degüello.

Agréguese á esto el hecho de que las carnes vivas de Galicia se califican en la Gran Bretaña como de tercera clase, y están destinadas casi exclusivamente al consumo del ejército, y no será difícil colegir que las compañías importadoras, seguras de antemano de la colocación de sus existencias, han de atender sobre todo á la brevedad, prescindiendo de cualesquiera otras ventajas, aplicables sin duda al consumidor, pero no recompensadas, ni siquiera agradecidas. Llegará, pues, un día en que á nuestros hermosos buques se sobreponga el bisonte americano, amojamado en cámaras frigoríficas, si desde luego no intentamos una capitalísima reforma, si no adoptamos los mismos medios y armas del terrible adversario, si no convertimos el actual comercio de reses vivas en simple exportación de carnes muertas.

La innovación, aunque atrevida y capaz de infundir espanto en el ánimo receloso de nuestros compatriotas, es, sin embargo, perfectamente realizable, puesto que para concurrir á su planteamiento tenemos ya aparejada, si bien por ahora con fines muy diversos, la acción todopoderosa del interés colectivo. Hay en Galicia, por de pronto, dos Sociedades de seguros contra epizootias, quebrantos y siniestros de la propiedad pecuaria; radican: la una, un tanto deficiente, en las vegas de Laiño, la otra, perfectamente organizada por nuestro respetable amigo D. Braulio Martínez, en los valles de Vea; y á la hora presente, á pesar de los pocos años transcurridos desde la fundación, deben reunir entre las dos más de quinientas cabezas de ganado.

Ahora bien; poseyendo, como poseen ó poseerán en lo sucesivo, fondos propios, pequeño sacrificio les costaría, una vez estudiada y aceptada la reforma, establecer un matadero provisional, dotado del correspondiente servicio sanitario, en el Carril, Vigo ó la Coruña, entrar en relación directa con los ordinarios consumidores, que de cierto se apresurarían entónces á sustituir con buques de vapor las actuales goletas, y modificar de raíz este lucrativo comercio, en el que funda y tiene puestas Galicia sus últimas esperanzas.

Mantendriase así, caso de que no ascendiera, el tipo corriente de los precios, dada la economía obtenida por el comprador en el embarque y desembarque, amén

del ningún gasto de manutención ni de macelo, y los desembolsos previos del vendedor resultarían del todo compensados con el acrecimiento de la demanda, puesto que, ya igualadas las condiciones del artículo, ni habría duda en la elección de parte de Inglaterra, ni competencia posible de parte de la América del Norte.

Por último, y hé aquí la mayor ventaja, los ganaderos, después de realizado el negocio principal, se quedarían en posesión de otras tantas pieles cuantas hubiesen sido las reses exportadas. Y cuenta que con la ayuda de tan respetable contingente (el número de buques embarcados en el puerto de la Coruña ascendió durante el año de 1880 á 17.910, y el de los enviados por Vigo á 4.050), podrían funcionar, sin necesidad de extranjeras importaciones, no pocas de nuestras exhaustas tenerías.

Sometemos las anteriores ideas á la consideración del país, persuadidos de que merecen ser detenidamente estudiadas, y seguros de que en ellas estriba el desarrollo de la producción pecuaria, así como está la única garantía de triunfo en cuanto á la entablada y peligrosísima contienda.

Las comarcas del Noroeste, decíamos tiempo atrás al abogar por la *sustitución del cultivo*, ó á causa del demasiado amor que los naturales profesan al hábito heredado, ó por culpa de la serie de obstáculos que para llegar al fondo de los campos encuentra la palabra escrita, constituyen, á despecho de su incomparable fertilidad, el más rehacio, el más áspero, el peor de los países en lo que toca al cultivo de las ideas.

Pero aunque del puñado de semilla caiga la mayor parte en el yermo, malo será que en una ú otra era no germine algún grano, cuyo inesperado fruto sirva de estímulo provechoso á incrédulos y remisos.

Sembremos nosotros, y que los Congresos agrícolas y las Sociedades Económicas hagan el resto.

ALFREDO VICENTI.

RÚBRICAS DE PERSONAJES CÉLEBRES

EN LA HISTORIA DE GALICIA Y ASTURIAS.

(Facsimiles tomados de sus originales en el archivo general de Simancas.)

Al tocar un documento original antiguo, siendo autógrafo especialmente de alguno de aquellos hombres que han ilustrado las armas, las ciencias y letras de nuestra patria, ó bien la llenaron de sangre y luto, no es posible evitar vivísima emoción, hija del sentimiento que despierta en el alma el bienhadado ó fatídico manuscrito.

Aquellas leves y amarillentas hojas de papel que cuentan siglos de existencia, arrugadas, carcomidas y cubiertas de fino polvo, son las mismas que oprimieron las manos de los héroes; sus caracteres torcidos y torpes, ó elegantemente trazados, denotan el grado de cultura ya de un siglo, ya de una localidad, ya de una clase social; aquellas rúbricas son las mismas que sentenciaron á millares de víctimas ó llamaron al combate las victoriosas huestes, ó remuneraron magnánimamente al artista que trazaba los monumentos que aún en pie subsisten, ó legalizaron testamentos y donaciones en beneficio de la enseñanza, ó suscribieron fueros y privilegios en favor de los concejos y públicas libertades. Las tiranas ó bienhechoras diestras ya no existen, pero quedan aún los rasgos que trazaron vacilantes ó firmes al calor de un cerebro agitado ó tranquilo: preciosas reliquias que ya van desapareciendo ó escaseando en los siglos medios, y faltan de todo punto en Galicia hasta después del siglo XII.

La pequeña aunque curiosa colección que hemos recogido en el archivo de Simancas, y que presentamos á los lectores de LA ILUSTRACION GALLEGA Y ASTURIANA, empieza á fines del siglo XIV por el famoso prelado de Compostela D. Lope de Mendoza, y termina en el presente del vapor y la electricidad, con el ilustre descendiente del conde de Maceda, aquel sucesor del mártir en Rioseco, que, á la vuelta de Fernando VII, pidió humildemente el alguacilazgo del Santo Oficio de Galicia.

Hé aquí por su orden de tiempos nuestros *facsimiles* cuidadosamente copiados:

1.—Firma y antefirma del arzobispo de Santiago don Lope de Mendoza, que mandó construir la horca de piedra llamada el *rollo*. Está al pie de la carta autógrafo que dirigió al rey Enrique III, fecha 18 de Junio de 1406, que empieza de esta manera:

«Muy alto é muy poderoso príncipe é ilustrísimo Señor: beso vuestras manos é me encomiendo muy humildemente en la vuestra magestad á la que plega saber que después del vuestro corregidor é alcaldes fueron en la Coruña é Betanzos; luego les fué requerido por mí que fuesen á mi arzobispado que fallarían abiertas las puertas de quantas fortalezas yo tenya, é luego que

fueron en Santiago les fué entregada la Rocha, é la tierra é las torres de la plaza... según el vuestro ordenamiento mandades que entregada la una fortaleza é fecha la pesquisa é satisfechas las querellas que fuese... é que se entregase otra fortaleza luego, é agora el otro corregidor é alcaldes piden todas las fortalezas é que entregue... Por ende Señor á la vuestra Magestad plega de mandar tener la dicha ordenanza (r). Yo así lo mandaré cumplir... sabrá la vuestra Magestad que fasta aquí no se ha fallado en Gallisia obediencia, salvo en mi arzobispado, nin se han entregado fortalezas... ántes que las mias. Por ende como la vuestra Magestad ordene yo así lo faré,» etc.

Sigue quejándose de los jueces seculares que conocen en pleitos de la Iglesia «é ponen manos en personas eclesiásticas prendiéndolas» etc., rogándole mande guardar la jurisdicción de la Iglesia del Apóstol Señor Santiago. El autógrafo es de letra gótica ó alemana, y la firma dice: *bro sieruo é fechora muy homilde, Luppus Archiep. Compostellan.* (Sala de ESTADO, legajo 1.º, folio 157).

2.—Signo de Alvaro Alfonso, escribano que dió el testimonio de protesta que hizo Pedro Padron, procurador de Ferrol, ante las puertas del palacio del rey en Zamora á 18 de Enero de 1432. (CÁMARA DE CASTILLA, *Mercedes antiguas*, leg. 2).

3.—Firma del célebre D. Fernando de Acuña, capitán de los Reyes Católicos, que vino á pacificar el reino de Galicia. Carta á los reyes, año 1485, sobre la guerra con el conde de Lemos. (ESTADO, leg. 2.º, folio 26). Es letra redonda.

4.—Idem y antefirma del insigne D. Alonso de Fonseca, arzobispo de Santiago y luego de Toledo, en carta al emperador desde Astorga á 15 de Enero de 1521 sobre las revueltas de las comunidades que se ocupaba en combatir; firma: *muy humyll seruidor que sus reales manos besa Fonseca Archiepiscopus* (ESTADO, leg. 8, folio 28).

5.—Letra procesada, y aunque de mujer, muy legible. Dice: *á servicio de Vtra mrd.* Doña María de Ulloa. Es un memorial de dicha señora (1517) sin fecha, pidiendo un priorato para su hijo. (ESTADO, leg. 2, folio 147.)

6.—Firma del Dr. Quijano de Mercado, que fundó el Tribunal de la Inquisición de Galicia en 1566, tomada de la correspondencia de remisión de procesos al Consejo Supremo.

7.—Firma de D. Juan Lopez Hurtado, regidor de Rivadavia, incluso en la famosa complicidad de los judíos; preso con sus hijas Isabel y María, doncellas, y su hijo Pedro Fernandez, reconciliados con cárcel perpetua y confiscación de bienes. Tomóse de su memorial de Diciembre de 1609 en que replica al Consejo de la Suprema una limosna de las rentas que fueron suyas para vestir y alimentarse él y sus hijas en las cárceles. (Leg. 5 corresp.) Sigue otra petición de Hurtado en nombre de su esposa Beatriz Mendez, igualmente presa en cárcel perpetua, *donde pasamos, dice, mucha necesidad, así de desnudez de nuestras personas como de lo demás.*

8.—Rúbrica del eminente gallego, gobernador del real Consejo en el reinado de Carlos III y patriarca de Indias, D. Manuel Ventura Figueroa y Barreiro, en el informe favorable al uso de las máscaras y del teatro, fecha 29 de Enero de 1772. (GRACIA Y JUSTICIA, legajo 993).

9.—Firma y antefirma de D. Maximiliano de Austria, arzobispo de Santiago, nieto del emperador Maximiliano, primo hermano de Carlos V, en carta al Inquisidor general, fecha á 11 de Octubre de 1610. (Legajo 6 de la corresp.)

10.—El conde de Maceda D. Juan Josef Caamaño, que murió en 28 de Diciembre de 1819 siendo alguacil mayor de la Inquisición.

BERNARDO BARREIRO.

PADRON Y LAS INUNDACIONES

II

Es la ventana de la habitación en donde escribimos una especie de atalaya, desde la cual se abarca un horizonte lleno de luz, de tornasolados vapores y de montañas, cuyo color rosa ó violado, plomizo ó rojo oscuro, cambia según los resplandores con que el astro rey los alumbraba.

Hasta ella llegan de continuo los rumores de los pinos, de los laureles y de la fuente que corre cercana; percíbese el aroma de las limeras y naranjas, y el primer rayo del alba viene cada amanecer á llamar á sus cristales, en unión de las brisas y los pájaros.

En otros días, saltaba yo del lecho toda alborozada al percibir el primer reflejo del día, para ver cómo tras

(1) Pide que mande tener todas las fortalezas en uno. Este documento está muy maltratado, y en los lugares donde ponemos puntos hállase roto.



del Miranda se abría paso la luz por entre nubes color de naranja, y hería con sus rayos las gotas de rocío suspendidas en cada cinta de hierba. Y mientras me extendía en medio de un placer inocente, pero vivo, en tan bella contemplación, llegaba á mi oído, en confusión armónica, el arrullar de las palomas, el cacarear de los gallos, el gorjear de la calandria, el silbido del *suidor*, el graznido de los cuervos y el grito monótono del milano.

Todo esto, de continuo repetido, nunca para mí cansado, llenábame en otros tiempos el alma de no sé qué dulces imágenes que mi fantasía juvenil doraba á maravilla, y llenando el corazón (que por espacio de tanto tiempo, y pese á todos los combates, fué corazón de niña y de mujer á la vez) de contentamientos que casi pudiera decirse infantiles.

Después, para poder bañarme toda entera en los rayos del sol y en los vapores de la mañana; para percibir mejor las armonías matinales, que despiertan con el día en la fresca naturaleza de esta región, y seguir con la envidiosa mirada la lancha que, con la vela al viento, cruzaba la ría hacia el mar, bajaba al campo y todo lo recorría, sin acertar á saciarme de tantas cosas sin nombre como deseaba, é iba buscando mi espíritu en el aire, en las flores, en el agua y en el espacio.

No he vuelto á experimentar en esta habitación, en donde mi madre (que tiempo há duerme entre los muertos) durmió un día, para despertar cada mañana sonriéndome, aquella alegría y aquellos éxtasis, en los cuales, sin yo saberlo, la esperanza, ahora huida, andaba agitando entonces sus luminosas alas. Pero en cambio, desde que he vuelto aquí sentí de nuevo un reposo relativo; sentí que circulaba más libremente por mis estrechas venas la espesa sangre que me atrofiaba el corazón, y que aquellas nubes tan densas ¡ay! que me abrumaban el alma, desaparecían de mi atmósfera y quedaban allá lejos, cerniéndose sobre la brumosa Compostela, en unión de algunos aborrecidos recuerdos que se resistían á abandonarme, como el buitre hambriento á dejar los restos del cadáver en que se ha cebado.

No hubo noche que no viniese á ver cómo brillaba en la ribera vecina, no sólo la luz que de la misma manera que hace veinte años sigue alumbrando el cementerio de Requeijo; sino también aquellas otras que, semejando ojos de fuego que pestañearan, se encienden y se apagan, y parecen andar errantes por atajos y breñas, entre caseríos y robledales, orillas del río ó entre los pinos, á manera de fuegos fatuos, haciendo que las imaginaciones aprensivas teman á la proverbial *compaña* amiga de la noche y de la muerte.

Tampoco hemos dejado nunca de admirar cada mañana y cada tarde la verde sabana de la vega, con sus orillas bordadas de blancos caseríos y sus montañas, ya adustas, ya risueñas; pero lo que en ella atrae ahora, como siempre, con mayor preferencia nuestras miradas, es la movable y plateada cinta que forma la vía al atravesar en repetidas curvas por entre los juncos y maizales que reflejan en las ondas sombrías con una limpidez admirable unas veces, con triste vaguedad otras.

Tiene el agua en su monotonía algo que nos encanta y llama, aun desde lejos, cual si como en otros tiempos viésemos todavía en ella un lecho blando, en donde reposar á cualquier hora de las angustias y fatigas sin término que envenenan ciertas existencias.

Un día... la noche había sido de esas que no permiten al cuerpo fatigado hallar el reposo en el lecho, ni el olvido en el sueño. Un zumbido terrible, sordo, unísono, semejante al del mar cuando está irritado, se dejaba oír sin tregua; mientras tanto, y como haciendo compas á tan temeroso rumor, penetrando el viento por entre las hendiduras de las puertas y los agujeros de las paredes, silbaba en la desmantelada torre y en los desierto establos, haciendo estallar las maderas, rechinar los enmohecidos goznes y erizar de terror los cabellos.

Y á todo esto caía la lluvia á torrentes, y azotaba los cristales con inusitada furia, abríanse las tejas bajo el peso que las nubes arrojaban sobre ellas, dejando paso al agua que quería penetrar hasta nuestros dormitorios, y aquí, y acullá, como péndolas de varios relojes que se moviesen á un tiempo con misteriosa cadencia, oíanse entre los breves interregnos en que dejaba de bramar el viento, el ruido acompasado de las goteras que filtraban, sin permiso de nadie, á través de la mal unida tablazón de los pisos.

De cuando en cuando, para que nada faltase al horror de esta batalla tenebrosa, la luz del relámpago rasgaba la densa oscuridad que nos envolvía, iluminándola con una luz que nunca nos pareció tan fatídica.

Así transcurrieron las pesadas horas de noche tan tormentosa, haciéndonos pensar (tanto tardaba en amanecer el día), si iría á realizarse por fin el espantoso sueño del poeta, en que los hombres esperaron en vano, en una noche interminable, que volviesen á lucir el sol y á prestar su calor á la tierra. Pero no; el astro bienhechor no había apagado todavía para nosotros sus bellos resplandores, y cuando muy tarde al fin brilló sobre el Miranda, triste como una lámpara que agoniza, nuestras miradas se dirigieron medrosas en derredor, porque nos habíamos imaginado oír entre los bramidos de la tempestad ayes ahogados que no parecían de seres

de este mundo, y estallidos de ramas que se desgajaban y de troncos que se tronchaban y caían al suelo desplomados.

ROSALÍA CASTRO DE MURGUÍA.

(Se continuará.)

EXCURSIONES POR LAS COSTAS DE GALICIA

LA RIA DE AROSA.

Sr. Director de LA ILUSTRACION GALLEGA Y ASTURIANA.

Sin duda extrañará V. que á tan gran distancia pretenda ocupar las columnas de su ilustrado periódico; pero amante como el que más de las glorias patrias y apasionado hasta lo infinito por esa provincia que en los primitivos tiempos se llamó Galáica, desconocida de muchos, mal juzgada por los más y apreciada en todo lo que vale por los ménos, he de permitirle suplicarle la inserción del presente artículo, que podrá no ser inútil siquiera se contraiga solamente á describir uno de los más bellos lugares de la provincia gallega.

En la costa occidental de la Península ibérica, no muy lejos del cabo donde, según la tradición bíblica, dijo el Creador, al concluir la grande obra del globo que habitamos, *Finis terra*, y entre las rias de Muros y la de Marin, aparecen á la vista del viajero, viniendo del Atlántico, la isla de Salbora y la punta de San Vicente. Marcan aquella y ésta, á dos millas la una de la otra, la embocadura de una ría navegable en toda su extensión para buques de alto bordo, que va internándose y disminuyendo accidentalmente en latitud hasta su terminación en el punto donde las aguas del mar se mezclan con las del río Ulla. El espectador cree hallarse en un inmenso puerto desde que empieza á penetrar en aquella ancha ría; se admira de su extensión y de la tranquilidad de sus aguas, y crece su sorpresa al ver otros tantos fondeaderos en todos los pueblos que en distintas direcciones va alcanzando á ver. Esta ría, bastante conocida por las relaciones comerciales que sostienen los pueblos que la circundan con varios puntos del globo, y muy especialmente con las provincias hermanas de todo el litoral de la Península, y aun con Italia y el río de la Plata, es la ría de Arosa. Ocupada en su centro por una isla que recibe de la ría su mismo nombre y que la preserva en mucha parte del grande oleaje Atlántico cuando reinan allí los recios vientos del tercer cuadrante, forma una de las más bellas perspectivas que ofrecernos puede la Naturaleza en toda su prodigalidad.

Preséntanse á la vista, á la izquierda, las villas de Santa Eugenia, la Puebla del Caramiñal, el Chazo y Rianjo. A la derecha Melojo, El Grove, Cambados, Villanueva, Villajuan, Villagarcía, y en el fondo el Carril. Siguiendo el curso del río Ulla, navegable para embarcaciones menores en una distancia de doce millas hasta el puente Cesures, el pueblo de Catocia, y por último la villa de Padron, que se asienta á orillas del río con su carretera á Santiago, situada aquella en una superficie plana circundada de bellísima y exuberante vegetación. Nada más hermoso y contemplativo para el hombre admirador de la Naturaleza que la vista de aquel extenso panorama, en el que resalta en primer término un vasto y tranquilo lago, besando con suaves olas las playas de aquellos pueblos.

Las lanchas que en toda su superficie y hasta mar afuera tienden sus redes para sorprender á la incauta sardina que desde los mares polares se dirige por los canales de San Jorge y de la Mancha al golfo Cantábrico, y siguiendo las costas de Galicia y Portugal llega á concluir su peregrinación en el fondo del mar Mediterráneo, aquellos buques, fondeados en las bahías de otros tantos puertos, y los vapores que surcan la ría en distintas direcciones y que tienen su punto de llegada y partida en el Carril, constituyen el más animado cuadro marítimo.

Casi todas las poblaciones que tienen asiento en las playas de la ría de Arosa tienen su vida propia en la pesca y salazon en grande escala de la sardina, industria que desde tiempo inmemorial las ha hecho ricas, estando bien generalizado el dicho de que hasta hace poco tiempo eran las rias bajas, de la que forma parte la de Arosa, la América de los catalanes.

Villagarcía es una de las poblaciones más hermosas de la provincia por su situación y por su asiento en una buena planicie, sus buenos edificios, su palacio y convento de Vista-Alegre, y la cultura de sus habitantes, y que reviste una fisonomía especial los mártires, días en que se celebra el mercado, que imprime á la villa otro carácter por concurrir allí toda clase de géneros y frutos, incluso el sabroso pan de Caldas, que debe su bondad y exquisita blancura á las aguas de esta villa, famosa por sus aguas termales, sus buenas alamedas, sus fábricas de curtidos y sus buenos establecimientos de todas clases.

El Carril, pueblo marítimo de importancia por su

aduana, su vía férrea á Santiago y ser asiento de navieros, cuna de muchos y muy expertos marinos y punto de parada de los vapores que navegan por aquellas costas. Sus riquísimos viveros, criaderos de la sabrosísima ostra, siendo este molusco y el percebe los mejores que se comen en toda España; su buen fondeadero, su muelle y su fábrica de fósforos *La Lucifer*.

El Grove, que no tiene rival en la pesca del pulpo, á cuya faena se dedican gran número de hombres y cuya exportación da vida á aquel pueblo, siendo de notar la extraña construcción de las pequeñas embarcaciones en que la verifican, y que no tiene semejanza en ningún país del mundo.

Villajuan, Villanueva, Santa Eugenia, La Arosa, villas importantísimas por su industria en la pesca, salazon y prensa de la sardina para exportación, que con la manufactura de redes dan ocupación á centenares de hombres y mujeres. Nada falta á la ría de Arosa para ser la más pintoresca al par que la de mayor magnitud de las rias bajas, así llamadas todas las que se hallan comprendidas entre el cabo Finisterre y las islas Cies. Su situación geográfica, que la coloca en el centro de la zona templada septentrional, le proporciona, particularmente en los meses de verano, la más agradable temperatura, favoreciéndola además las brisas que mitigan los calores meridionales que allí reinan, hallándose por su posición de N. E. á S. O., al abrigo de los fuertes vientos del N. y de las grandes travesías del O. S. O., cuya aproximación anuncian lejanos y sordos rumores en las playas de Corrubedo.

El que estas líneas escribe, señor director, vió en la ría de Arosa la luz primera y tiene aún presentes los días en que se deslizo su infancia en aquellas playas de Villajuan. Recuerda que allá por los años de 1830, en su niñez, érale entretenimiento predilecto la construcción de barquichuelos de corcho, que lanzaba al mar, sobre el que más tarde estaba escrito que había de pasar alguna parte de su vida. Y no ha olvidado, nuevo Leandro, aunque no para ver á su Hero, que atravesó aquel Helesponto en que el Carril forman las aguas del mar y las del Ulla.

Y más de una vez, al recordar aquellos tiempos en los que sólo las ilusiones de la fantasía eran sus únicas aspiraciones, y compararlas con el presente, llegan á su imaginación fugaces recuerdos de un pasado que huyó para no volver. Pero, por más que habitante de esta isla del mar Caribe, á ella me ligan carísimas afecciones, jamás podré olvidar los dulces recuerdos de la patria querida, porque á través del inmenso Océano, que de ella me separa, las brisas me traen en suaves ecos los vagos rumores de las olas al romperse en las playas cuyas arenas fueron testigos de mis primeros pasos en la carrera de la vida.

Hoy, pues ¡oh cara patria! por encima de las tranquilas olas del mar que de ti me separa, te envío mis más caros recuerdos, que son el consuelo de tus hijos en la ausencia.

FÉLIX BUHIGAS PRAT.

Habana 25 de Enero de 1881.

VÍAS DE COMUNICACION Y OBRAS PÚBLICAS

DE ORENSE Á VIGO.—Con inmensa satisfacción podemos dar noticia á nuestros lectores de la llegada de la primera locomotora á la rica y pintoresca villa de Rivadavia.

«A las seis de la tarde de hoy (25 de Febrero) nos dice en sucinta reseña la carta de un corresponsal y amigo, á las siete de la tarde de hoy vi llegar la máquina al puente, en donde se había reunido una entusiasmada muchedumbre. Bien sabe Dios que me hizo é hizo á todos el mismo efecto que la llegada de una persona por largo tiempo esperada y cada vez más querida.

Junto al puente hallábase la corporación municipal, acompañada de una banda de música, la cual, apenas se divisó el negro penacho de humo y se oyeron los alegres silbidos del monstruo aliado del hombre, rompió en himnos y aires nacionales, en medio del estallido alarmante de los cohetes, que son en nuestra tierra complemento obligado de todo regocijo.

Más tarde se dió serenata al ingeniero jefe M. Huardel, á quien visitaron varios individuos del ayuntamiento y muchas otras distinguidas personas. Improvisó un refresco y brindaron en medio de grandes aplausos, el festejado, el Sr. Fernandez Soler, que dedicó un recuerdo de gratitud y consideración á cuantos hayan contribuido ó contribuyan á la regeneración de Galicia, y el ingeniero Sr. Villá, por haber entrado Rivadavia en el concierto de los adelantos modernos.

Mañana pasarán por el puente las primeras plataformas cargadas, y en seguida la máquina arrastrando el material: del 20 al 25 de Marzo gozarán los oreñanos de los momentos de satisfacción y entusiasmo que hoy en esta villa ha reinado.

Créese segura la apertura de la estación de Rivadavia al público antes de fin de Marzo, y un mes después la de Orense; dichos momentos para estos pueblos

que ansían estrechar más y más las fraternales relaciones que con la ciudad de Vigo les unen, lazos de que depende el porvenir de todos.»

Hasta aquí la carta, á cuyas indicaciones poco debemos añadir.

Un año hace que el Sr. Rouviere ofreció á la villa de Rivadavia pasar con la locomotora sobre el rio en todo el mes de Febrero de 1881. El y la empresa han cumplido su palabra, á pesar de los obstáculos opuestos por una invernada terrible, haciéndose así acreedores á los mayores elogios, y asegurándose la omnimoda confianza del país para lo futuro.

Y aún han hecho más, puesto que hay dos kilómetros de vía sentada en la direccion de Orense.

Si la empresa catalana de Crédito llega á obtener la concesion de Orense á Monforte y de Santiago á la Tieyra, puede esperarse, dados tan buenos antecedentes, que ántes de tres años esté cerrada y completa la red de nuestros ferro-carriles interiores.

Por de pronto se ha llevado la vida á la provincia orensana, que muy en breve gozará de la mayor prosperidad, puesto que los caldos de sus dos zonas vinícolas, ya con salida rápida y directa á un puerto, no tardarán en abastecer las bodegas de *Burdeos*, sustituyendo á los vinos castellanos, de que los cosecheros franceses habían hecho hasta ahora tan enorme consumo.

NOROESTE.—Unánime y á todas luces imponente es la actitud tomada por el principado de Asturias en lo que dice relacion al trazado de Pajares. Cada día se publican nuevas adhesiones de concejos y particulares á los acuerdos tomados en la última reunion de representantes en Cortes de la provincia.

Sea cual fuere el resultado de esta campaña, y sin que tratemos de profundizar la cuestion, no puede negarse que el país asturiano está dando una muestra de virilidad y entereza que debe servir de ejemplo á los pueblos libres y cultos.

En todo el corriente mes de Marzo se harán la prueba definitiva y recepcion del trozo de ferro-carril entre Pola de Lena y La Veguellina, cuyas obras se habían inaugurado hace dos años y medio. Bueno es algo.

CARRETERAS.—El lunes 28 de Febrero celebróse en Casanga la inauguracion de las obras de la carretera provincial que va desde dicho punto hasta la capital del concejo de Teverga.

Asistieron al acto el diputado provincial del distrito, Sr. D. Miguel Figares, el jefe de obras públicas y algunas otras distinguidas personas que al efecto habían venido de Oviedo, y que fueron obsequiadas con un banquete por el municipio.

Causa bastante tiene la solemnidad dada á la inauguracion, y es natural la alegría del distrito, puesto que desde hace años se esperaba con ansia la construccion de esta carretera, una de las más importantes de Asturias. Por medio de ella encontrarán salida los carbones, hierros y maderas, aislados ántes en Teverga, y crecerán rápidamente la prosperidad y la riqueza públicas. Sólo falta ahora aplicar el mismo entusiasmo á las obras, para que pueda explotarse la carretera en el más breve plazo posible.

MENTIRA Y VERDAD

EPISODIOS DE NUESTRAS DISCORDIAS CIVILES

NOVELA PÓSTUMA É INÉDITA

por D. Fernando Fulgoso.

PRIMERA PARTE

MENTIRA

(Continuacion).

—Bueno, casi tan sublime. Corro-borar... palabra casi tan rebuscada como asercion. Vamos, estais hoy verdaderamente sublimes.

—Vete á pasear, dijo Viedma, ó déjate de tus bufonadas y cuéntanos eso.

—¿Cómo eso? ¿Y qué es eso?

—Vaya, vaya, déjale Viedma, déjale; este hombre se ha vuelto loco.

—Para locuras estoy yo, cabalmente.

—Pues... ¿qué te pasa?

—¿Qué me pasa? ¿No sabeis que se me ha ido Lucia Enriquez?

—Sí; ¡como te apuras tanto!

—Hombre, ¡qué se le ha de hacer! ¡Cuando no hay remedio!

—Eso es lo bueno que tienes, que te consuelas pronto.

—A decir verdad, yo me habría consolado de la mala pasada que me ha hecho esa vieja de doña Antonia, llevándose á la sobrina con los facciosos, si ésta no

se hubiera ido tan contenta porque la va á hacer allá compañía nuestro caro amigo Luis de Andrade.

—¡Buen traidor! dijo el granadero.

—¡Traidor! ¿Por qué? repuso Viedma. Ha pedido su licencia absoluta, y de ese modo, creo, por mi parte, que ha hecho bien en seguir sus ideas, y en ir á donde muchos de nuestros antiguos jefes y compañeros están combatiendo en defensa del Pretendiente.

—Sí; al lado de los frailes y de los fanáticos...

—Señor granadero, no parece sino que es gente honrada toda la que está con nosotros, contestó el cazador, que hasta entónces había permanecido callado.

—¡Silencio, Blanco, silencio! No nos metamos en lo que no nos importa.

—Pues qué, ¿quiere el señor Viedma que aguante yo que me llamen compañero suyo ciertos pajarracos?

—¡A mí, compañero! Si me llamaran capitán, á lo ménos ya lo sufriría algo mejor. Pero ¡vive Dios! que se prepara un alijo más que mediano.

—¿Qué estás diciendo?

—¿Veis aquella calesa?

—¿Cuál?

—Esa que ya está á veinte pasos de nosotros.

—¡Válgame la Virgen Santísima!

—¿Qué te pasa, Viedma?

—Nada, nada... Es que se ha equivocado el capitán de cazadores... dijo, procurando ocultar su turbacion.

—¿Le ves, le ves, Guzman? decía el cazador.

—¿A quién?

—Al otro.

—¿Y quién es el otro?

—Al otro contrabandista, hombre. ¡Mírale qué embocado viene!

—¡Es verdad! Calla... Pues y el que estaba aquí á pié? ¡Ah, ah! Mírale, mírale, Viedma. En aquel repecho está sonándose con un pafuelo de seda.

—Calla, pues el de la calesa, añadió el cazador, saca otro y se suena también. Vaya... tan contrabandistas...

—Silencio, dijo, asiéndole del brazo, Viedma.

Los tres amigos enmudecieron, siguiendo con la vista la calesa.

Los generosos jóvenes se habían comprendido.

El de la calesa se bajó y despidió al calesero cuando llegó al repecho, de donde ya había desaparecido el hombre que tanto acababa de llamar la atencion de los tres militares, ocultándose también al descender la cuesta que por allí forma el terreno.

Luis de Andrade, á quien el lector debe ya haber conocido, se halló solo, poco más allá de la encrucijada de los Cuatro Caminos; á su frente, y á la izquierda, baja tortuosa vereda, formando eses por las peladas lomas del ondeado terreno, semejante al que por el Norte y Poniente de Madrid se descubre todo en torno. Por allí se encaminó, apresurando el paso conforme se alejaba. Unas cien varas llevaría andadas, y ya había perdido de vista el camino, cuando, al mismo tiempo que iba anocheciendo, se oía la música del batallón que á Madrid se retiraba. No pudo ménos el joven de dar gracias á Dios por el sumo bien que le había hecho librándole de ser conocido por sus antiguos compañeros de armas, á quienes dirigió un ahogado suspiro que, á su pesar, se le escapó del pecho. Presentóse de improviso un muchacho que venía descalzo y corriendo.

—Aprisa, aprisa, le dijo; y desapareció en direccion de un casucho, cuyo mísero tejado se veía al extremo de la cañada.

Seguió el consejo dado de tan singular manera, y á poco hallábase él, y su compañero el contrabandista del Campo de Guardias, montados en sendos briosos caballos, y llevando buen paso camino de la sierra.

Aquella misma noche estaban reunidos en el cuerpo de guardia del cuartel, cuyas derruidas paredes fueron años y años mengua de Madrid y de su ornato, frente á la churrigueresca fachada del Hospicio, los tres jóvenes que hemos visto por la tarde en el Campo de Guardias. Por la gorra de cuartel que Viedma llevaba, se conocía que estaba de servicio. Sus dos compañeros, el granadero Guzman y el cazador Blanco, le estaban acompañando, y habían puesto sus morriones enfundados en un rincón de la estancia. Guzman, mientras Viedma se paseaba, permanecía de pié, con los brazos cruzados, y apoyado en la pared. En cuanto al segundo, se había dispuesto una cama con todas las sillas que había encontrado á mano, sirviéndole de colchones los capotes de sus dos compañeros y el suyo, que de la percha había descolgado. En el portal se oían únicamente los mesurados pasos del centinela, por ser ya bastante tarde.

—Pues, señor, dijo Blanco, haciendo sonar todas las sillas de su improvisada cama con siniestro ruido, al mismo tiempo que se desperezaba cuanto podía; pues señor, buenos estamos. Toda la gana que tenía de ver las Amézcuas y los montes de Arlaban, se me ha quitado desde que sé que puedo encontrarme en ellos cara á cara y frente á frente con ese maldito de Andrade, á quien, por más que hago, no puedo dejar de querer. Así se le cayeran los dientes, como á mí me ha aguado el gusto y la alegría que nuestra próxima ida me causaba. Y ahora que de él me acuerdo, convengamos en que es, aunque

muchacho, hombre de valor, pues cruzó por delante de todos nosotros con la mayor serenidad. ¡Voto á cribas, que se libró de buena! Tú, Viedma, fuiste quien primero lo conoció, ¿no es verdad? ¡Maldito muchacho! No puedo dejar de quererle.

—Y yo, dijo el granadero, en medio de todo le quiero también.

—¡Eh, tú, filósofo! ¿En qué diablos piensas? ¿Estás haciendo versos?

—Pensaba, contestó Viedma, en que no nos puede parecer bien tierra ninguna en donde haya para nosotros el peligro de hallar por enemigos á tantos antiguos compañeros que, como Andrade, nos esperan con las armas en la mano al otro lado del Ebro.

—Justo, eso mismo digo yo, exclamó Blanco, justo; pero, mira, pide fuego para encender este habano. Es el último que me queda. ¡Fuego! ¡Eh, ordenanza! ¡Fuego! Oye, ¿sabes tú también á quién sentiré encontrarme? A Alvaro Enriquez... Ordenanza... cabo... sargento... demonios... Qué, ¿no hay nadie en el cuartel?

—Pero, hombre, ¿no has oído que han contestado que te le iban á traer?

—Déjale, Guzman; cuando vea el fuego se llamará.

—No, señor, no han contestado... ¡Ordenanza!... ¡fuego! ¡voto á cribas! Pues, señor, vamos á estar así hasta mañana. ¡Voto á cien mil legiones!... Ord...

Las sillas, pateadas, traídas y llevadas en todas direcciones por los descompuestos movimientos del energúmeno Blanco, el cual gritaba como un poseído, separáronse las más de ellas, sepultándole en el hoyo que así formaban, envuelto en los tres capotes, que á cada movimiento del intrépido cazador le envolvían más y más en sus dobleces.

La risa de sus compañeros fué tal, que no pudieron sacarle de aquel lio hasta que el ordenanza llegó con el fuego y les ayudó á libertar de tan lastimosa situación al cazador, no sin gran trabajo, pues éste, con sus bruscos é impensados movimientos, deshacía lo que que aquellos lograban con grandísima dificultad. Libre ya, y en pié, al ver que la risa de sus compañeros la aumentaban sus cabellos descompuestos, su cara amaratada, y la especie de aturdimiento que le hacía tambalearse, quiso tomar la copilla del fuego para arrojarla á uno de ellos; pero asiendo equivocadamente el único candelero que á su lado arda, dió con él en la cabeza del malaventurado ordenanza que á la sazón salía, tratando de contener la risa que en el cuerpo le retozaba. Trocárase ésta en llanto, de no parar el golpe la vela que vino á darle de punta, apagándose contra su pelo. A ser posible, fuera todavía mayor la risa de Guzman y Viedma, de suerte que Blanco, al hacerse cargo de los disparates que en tan poco tiempo había cometido, no pudo ménos de acompañarlos, formando todos un *trío* digno del lunes de Carnaval.

CAPITULO III

Después de un viaje, y no por ferro-carril, al cabo de diez días de camino, doña Antonia y su sobrina Lucia atravesaban los páramos de Villalta. Nada más triste que el aspecto de aquella region. El terreno es una escueta llanura que por todas partes llega al horizonte. Villalta, que da el nombre á la estepa, Cernégula y alguna otra miserable aldehuela, son los únicos puntos habitados de aquel desierto en donde nada indica la mano del hombre, sino es el camino real, que, á semejanza de línea blanca interminable, se pierde allá en el extremo límite á que alcanzan los ojos. El día era hermosísimo; ni la más leve ráfaga empañaba el azul del cielo, en cuyo centro brillaba el astro de la luz con el mismo esplendor que en el mes de Junio. Y con todo esto, sutil penetrante venticillo que, aún en muchos días calurosos, corre por aquellas parameras, había obligado á nuestras conocidas á valerse de sus ropas de abrigo. Séanos lícito poner los ojos en aquella galera, único objeto que advertimos en la inmensa extension que abarca nuestra vista.

(Se continuará.)

DESPEDIDA

Á ASTURIAS

Adios, por siempre adios. Ya con un velo
Las montañas se ocultan á mi vista,
Yo he suspirado por más puro cielo,
Por más feliz mansion.

¿Qué importa que feraz y bendecida,
Y de ilustres varones patria seas,
Si para mí de luto revestida
Te miro, y de afliccion?

¿Si ni una flor en la querida huerta
Brotó que con mi llanto no creciese?
¿Si la paterna casa está desierta
De seres que yo amé?

¡Infancia, juventud! ¡Días hermosos
Que para mí pasaron sin ventura!
¡Adios, suelo natal, bosques frondosos,
Que ya nunca, quizá, volveré á ver!

EMILIA MIJARES DEL REAL.

TIPOS POPULARES DE ASTURIAS



MÚSICOS CALLEJEROS. (Composicion y dibujo de D. José Cuevas.)

DIPLOMÁTICA GALLEGO-ASTURIANA

1.
 In nomine domini Amen
 Lippus Archiepus Compostellan

2.
 [Decorative initial 'F' with intricate flourishes]

3.
 Fernando
 Dacima

4.
 muy honrrado fuydos que sus
 Reales manos besa

José
 Sanjurjo

5.
 [Decorative initial 'F' with a large flourish]

6.
 Ldo Arguizano
 de mercado

7.
 Juan Cruz Surtado

8.
 Manuel Penya
 de Bureo

9.
 Benav. v. J. Layman
 la mayor convido.

Max. Arguizano de Bureo

10.
 Juan José Camarero

RÚBRICAS DE PERSONAJES CÉLEBRES EN LA HISTORIA DE GALICIA Y ASTURIAS. (Tomadas por nuestro colaborador D. Bernardo Barreiro de V. V.)

POESÍAS INÉDITAS DEL P. FEIJÓO

Lamentábase el Sr. Lafuente, encargado por el editor de la *Biblioteca de Autores Españoles* de coleccionar en un tomo de aquel inapreciable monumento literario las obras escogidas del padre maestro Feijóo, de no haber podido encontrar más que dos de sus poesías (á la sazón ya publicadas), á pesar de haberse dirigido con este objeto á los más distinguidos escritores de Galicia y Asturias. De sentir era, en efecto, para los que no pueden menos de reconocer en el ilustre benedictino dotes poéticas nada comunes, que permaneciesen sepultados en el más profundo olvido aquellos partos de su feliz ingenio que, ya que hoy no puedan considerarse como modelos, son, sin embargo, de gran valor, si se tiene en cuenta la triste vida en que languidecían entonces las letras patrias, inficionadas con el indigesto culteranismo y el mal gusto de la época.

Aparte de esto, y siquier no fuese más que como documentos para la historia de la literatura, eran dignas de gran estima las poesías de Feijóo, y así lo comprendieron sin duda cuantos, con nunca bien ponderado celo, aunque infructuosamente por desgracia, se dedicaron á registrar bibliotecas y archivos con ánimo de recogerlas y darlas á la publicidad.

Y sin embargo, no podía dudarse de la existencia de aquellas poesías. Aparte de que algunas de ellas debían ser muy conocidas en su época, por dirigirse contra algunos de los infinitos impugnadores que con sobrada saña y poco acierto se dedicaron á censurar las obras del sabio monje, ya el insigne Campomanes en su biografía citaba algunas de ellas, y posteriormente el señor Murguía, en su excelente *Diccionario de escritores gallegos*,—obra cuya conclusion esperan con ansia todos los amantes de la literatura patria,—completaba aquellas noticias con las de un tomo manuscrito que un particular intentó vender por un elevado precio á la Biblioteca de la Academia de la Historia, y que ésta no tuvo por conveniente adquirir, ignorándose desde entonces el paradero de aquel precioso manuscrito.

Veintiseis son las poesías citadas por el Sr. Murguía, de las cuales diez y nueve pertenecen al tomo de que ántes hemos hecho mérito, dejando de consignar otras varias del mismo, sin duda por no dar demasiada extension á su trabajo.

Más afortunados nosotros que los que nos han precedido en esta tarea, hemos podido al fin encontrar, en una olvidada coleccion de manuscritos perteneciente á la Biblioteca provincial de Orense, catorce poesías del P. M. Feijóo, doce de las cuales figuran en el catálogo formado por el Sr. Murguía, y las otras dos pudieran ser muy bien de las que dicho señor dejó de incluir. Desfigura dos algunos versos por errores cometidos al trasladar la copia á que nos referimos, y considerándonos incompetentes para rectificarlos, nos limitamos á dar á conocer á los lectores de LA ILUSTRACION GALLEGA Y ASTURIANA las poesías en la misma forma en que las hemos encontrado, dejando á su buen juicio el hacer las enmiendas que su criterio les sugiera, y llenar los huecos que en algunas partes encontrarán, algunos de los cuales por nuestra parte señalaremos.

Réstanos la duda de si alguna de las poesías que vamos á transcribir ha sido publicada. Debemos suponer que no, pues todos los biógrafos del insigne polígrafo orensano las dan por inéditas, y no recordamos, por nuestra parte, ni recuerdan las ilustradas personas á quienes sobre ello hemos consultado, que desde la publicación del *Diccionario* del Sr. Murguía haya visto la luz ninguna de ellas, no conociéndose, por lo tanto, más que las dos incluidas en

el tomo LVI de la *Biblioteca de Autores Españoles*. Si, á pesar de todo, hubiese alguna ya conocida del público, sírvanos de excusa para con él el buen deseo que nos guía de hacerle saborear, despues de largos años que yacían olvidadas, las poesías del P. Feijóo, gloria de Galicia, y la mayor figura que en el siglo XVIII produjo España.

No terminaremos sin hacer fervientes votos por que no se pierda para siempre el riquísimo caudal literario que representan las poesías de nuestro monje, que aún permanecen sepultadas bajo el espeso polvo de los archivos, esperando una mano bienhechora que, al sacarlas á la luz, contribuya á que se las rinda el tributo de admiracion que le debemos.

ARTURO VAZQUEZ.

Orense, Diciembre de 1880.

I

INSTRUCCION DE LA POLÍTICA QUE SE USA,
Y DE QUE DIOS NOS GUARDE,
POR EL RMO. FEIJÓO

Quien quisiere en puridad ser político perfecto, tendrá por primer precepto á nadie decir verdad: mas se le da facultad de decirlo alguna vez para fingir sencillez, como al instante deslice, per una verdad que dice, las mentiras diez á diez.

Vista el alma y el semblante siempre de ajenos colores, lisonjero con señores, con letrados estudiante, con vagabundos tunante, con valientes baladron, con gente alegre bufon, con devotos mojiगतo; que así ganará trato, provecho y reputacion.

Ser entremetido es llano, que no le puede estar mal al ministro, al oficial, al caballero, al villano; afable siempre y humano, aunque parezca importuno: y no despreciando á alguno de los cortesanos todos, hágase amigo de todos sin despreciar á ninguno.

Cuando pretenda algun puesto, todo ha de ser cortesías, lisonjas, hipocresías, humilde y gracioso gesto; ofrezca pagar muy presto, blasones de hombre de bien, y en cuanto hable aquel á quien ordena la peticion, no se olvide en la oracion la santa palabra: *Amén*.

Finja que tiene entabladas muy altas correspondencias, que tres ó cuatro Excelencias le son muy aficionadas. Nunca cartas reservadas de algun ilustre sujeto le falten del valsopeto, que es muy fácil suponerlas, y á todos ha de leerlas, pero encargando el secreto.

Persuádale á cualquiera Pretendiente mentecato, que es de su íntimo trato el que manda en esta Era: de engordar de esta manera ningún escrúpulo haga: con el embuste le paga cuando el regalo le tome, pues uno el regalo come y otro la mentira traga.

Nunca se deje obligar, y al que le ha favorecido sólo sea agradecido mientras tenga más que dar, En no habiendo más que dar olvide á su bienhechor, y si hacerle un disfavor á su interes importare, ni en ser ingrato repare, ni tropiece en ser traidor.

Atento á su conveniencia, nunca le ha de dar cuidado si le tienen por honrado, por hombre, ó no, de conciencia; que el secreto de esta ciencia consiste sólo en perder la vergüenza, y no tener respeto al mundo ni al cielo; y entienda que Maquiavelo nunca más ilegó á saber.

Que ha de ser juzgado un día, que hay Dios que sus trampas vea, permítase que lo crea solamente en cortesía: dentro de su fantasía lo que quiera sentirá; pero lo mejor será que piense muy rara vez en cosas de este jaez, y si no, no medrará.

En llegando á la fatal hora, tendrá buena cama y morirá con la fama de un vasallo muy leal; como le aclamen por tal, que en el terrible vaiven, caiga mal ó caiga bien, vaya aquí, vaya acullá, eso sólo durará por siempre jamas. *Amén*.

II

SONETO DEL RMO. FEIJÓO AL NOVÍSIMO
IMPUGNADOR DEL «TEATRO CRÍTICO» (1)

¡Plaza! que á plaza sale un baladron, horrisono, feroz, descomunál; toscos y groseros más que su sayal, duro y torcido más que su cordon.

Su rustiquez ostenta el motilon en mucha desvergüenza garrafal, que le enseñó toda modestia un tal Juan Calesero en cierto bodegon.

Sin probar ó apoyar lo que sentencia, habla gordo el mostrenco, y mete bulla, y del vil dicterio la soez licencia aplaude la doméstica garrulla; pero no espere, no, su reverencia que le creamos sólo porque aulla.

III

ROMANCE DEL RMO. FEIJÓO CONTRA OTRO
ROMANCE QUE CONTRA ÉL SACÓ
UN POETA, QUE NI ES POETA NI ORADOR

Con presuncion de Pegaso, y no sin algun derecho, pues en los cascos del Armo fué concebido del viento, salió el romance frison, pasado como su dueño, más sucio que una mondonga, más gordo que un pastelero.

¿Quién es el autor? Un *quidam*: ¿y ayúdole alguien? Sospecho que tuvo su parte Baco en los influjos de Febo.

No me atrevo á decidirlo; pero á lo menos no es nuevo el entrar el justo juez en un romance de ciego.

Válgate el diablo el romance, ¡cómo salió contrahecho! No hay en él cosa con cosa, ni tiene miembro con miembro; sin piés ni cabeza, no diré; mas de estos extremos en los piés tiene de más lo que de cabeza menos.

Salió de los piés el pobre, zambo, cojo, patituerto; ¿qué mucho que anden en él arrastrados los conceptos?

(1) En el mismo Ms. de donde hemos tomado las poesías del P. M. Feijóo, hemos hallado el soneto que á continuación copiamos, escrito con *piés forzados*, como podrá verse cotejando las palabras finales de los versos de ambos, y en contestacion al que contra uno de sus impugnadores escribió el P. Maestro. Creemos que nuestros lectores nos agradecerán que les demos á conocer este soneto, ya que no por su mérito, que ninguno tiene, porque da una idea de las provocaciones de que fué objeto el sabio gallego y de los innumerables sinsabores que le proporcionó la envidia de algunos de sus coetáneos. Helo aquí:

¡Plaza pides, grosero baladron!
Más ya que tu furor descomunál
Airado con la hilaza del sayal
Siente los golpes que le da el cordon.
¿Cómo, atrevido, llamas motilon
Con tanta desvergüenza garrafal
Al que, por sabio, nunca ha sido tal?
Tú si que zaque en cierto bodegon
Vomitaste osado esa sentencia;
Y si el que calumnias mete tanta bulla,
En tanta erudicion halló licencia;
del TEATRO desprecia la garrulla,
Y dando á quien la debe reverencia,
Brioso dogo muerde, que no aulla.

No son piés, patazas son; algunos piés hay entre ellos, piés que por lo largos pueden ser piernas de un arriero.

Sinalefas á montones encajó para entenderlos: ¿qué ha de hacer, si son figuras y le obliga el parentesco?

Si los aprobó el compadre no hay que extrañar el exceso de los piés, pues los midió á ojo de buen cubero.

Y aún á veces los termina, sin algun remordimiento, con esdrújulo, que es juanete en piés de aquel metro.

Aquel *indoles*, sin duda cae allí bien ¡oh mostrenco! ¡Apolo te esdrújulice y te indolice los huesos!

Y ya que claudica tanto el romance cuanto al cuerpo de las coplas; en el alma siquiera hay algo de bueno.

¿Qué es lo del alma? Atufólas, téngala Dios en el cielo, pues el pobrecito está tronco frio, helado, yerto.

Señores, por caridad, limosna para el entierro le den: porque los responsos ya yo se los voy diciendo.

A lo menos sin sentido están los más de los versos; pues yo, por más que les busco, ni una pizca les encuentro.

Tengan, que allí una cuarteta (Dios la ayude) da un bostezo: y habla, ¿y qué dice? ¡Mí! lo demas no se lo entiendo.

Otra se anima algo más y cobra un poco de aliento, con que empuja un barbarismo á espaldas de un esperezo.

Otra, por ponerse en pié, forcejea en los primeros, y luego da un batacazo falseándole el tercero.

Otra hay que respira un poco con el aire de su dueño; pero por el mismo influjo se desvanece al momento.

Otra está allí boqueando, y en aquel lance tremendo parece que del autor ha aprendido á hacer gestos.

En fin, el romance, en partes difunto, en partes enfermo; por aquí huele á botica, y por allí á cementerio.

No hay en todo él sustancia, exprimido su contexto, que á un mosquito, si está malo, le baste para el puchero.

Y con todo eso, el autor dicen que queda muy hueco: creo lo hueco y lo vano, mas no sería por eso.

¡Oh! ¡Cómo me lo imaginó cuando estaba componiendo, haciendo más figuradas que el mico más embustero!

Va se daba una palmada, ya guiñaba el ojo izquierdo, ya levantaba los ojos, ya se mordía los dedos, ya se arrugaba la frente, ya torcía á un lado el cuello, ya es ya tiraba (1) pluma, papel y tintero.

Y con tantos ademanes, señor *quidam* ¿qué tenemos? Un romance anatomía y unas coplas en los huesos.

Vaya, pues, este epitafio al romance: «Pasajero, aquí yacen unas coplas muertas desde que nacieron.»

IV

DÉCIMA DEL MISMO AUTOR Á UNA DAMA QUE
QUISO ENGAÑAR CON UN BUEY, QUE
SE LE QUEBRÓ UN ASTA, PEGÁNDOLA CON
TREMENTINA

Filis, aunque con primor al buey la asta pusiste, ¿qué importa, si no pudiste pegársela al comprador? Muy poco ingenio en rigor para esto es menester, cuando al hombre de más sér, con su astucia y con su dolo, muchos cuernos, no uno solo, pone cualquiera mujer.

(Se continuará.)

(1) Está incompleto este verso en el original.

EL BANQUETE DEMOCRÁTICO DE ORENSE

Febrero 26.

Sr. Director de LA ILUSTRACION GALLEGA Y ASTURIANA.

Mi distinguido amigo: Defriendo al ruego que usted cariñosamente me ha hecho, relataré en pocas palabras, puesto que no permiten más muchas ocupaciones, lo ocurrido en el banquete celebrado ayer por la juventud democrática de la provincia.

Además de ser breve, seré imparcial, no sólo porque usted me lo recomienda, sino porque así lo reclaman de consuno mi independencia política y mi profundo respeto hacia todas las opiniones.

El banquete se anunció con malos auspicios. Las primeras quejas que yo oí, dirigíanse contra los señores firmantes de la convocatoria, á quienes se motejaba de excesivamente jóvenes y de muy poco conocidos. Bien pronto la actitud negativa de un ilustre catedrático, escritor y hombre público de gran significación en esta ciudad, imprimió diverso rumbo al descontento, que al fin y al cabo vino á recaer todo entero sobre la fracción llamada gubernamental ó posibilista. Lo mismo que ésta, abstuérase, en verdad, la autonomista, pero sin que sobre la segunda descargasen tantas malas voluntades como sobre la primera.

Así que, al engalanar el teatro de la Paz, los organizadores, que prodigaron en las cartelas destinadas al caso nombres de demócratas antiguos y modernos, desde Sixto Cámara hasta Fernando Gonzalez, y desde Mártos hasta Ruiz Zorrilla, á pesar de haber puesto entre ellos el de Pi y Margall, pese á las energías protestas de *La Prensa*, periódico autonomista, omitieron el de Emilio Castelar, más acaso con el objeto de molestar á los partidarios de éste, que con el de castigar, ni mucho ni poco, al eminente tribuno. ¡Achaques propios del entusiasmo y de la virilidad política cuando se manifiestan en ciudades pequeñas!

Llegó, por fin, el día anhelado, y á la caída de la tarde reuniéronse en el teatro de la Paz, adornado con exquisito gusto, los conmensales, en número de 120 á 140, y multitud de amigos y curiosos. Los primeros se agruparon en torno de la mesa, perfectamente servida en el patio; los demás en palcos y galerías. Véanse entre la concurrencia bastantes y muy hermosas damas, y entre los partícipes del banquete diversas comisiones de círculos democráticos del Carballino, Verin, Rivadavia y Celanova.

Confirióse el honor de la presidencia al Sr. Fernandez Latorre, ex-colaborador de *El Globo* y *El Imparcial*, hoy redactor de *El Demócrata*, que con el doble objeto de asistir á la fiesta y de visitar el país natal, había llegado la antevíspera, después de recorrer la respetable distancia que media entre esta ciudad y esa corte.

A cosa de las ocho rompieron los brándis, pronunciándolos muy elocuentes y oportunos los señores Estévez, Camino, Quereizaeta (Alfonso), Ares de Parga, Villanueva, Estévez (Martín), Civeira y algunos otros. El Sr. D. Cesáreo Rivera, que, á pesar de haber sido diputado, quiso concurrir á la solemnidad, proporcionó de este modo un verdadero placer á los jóvenes asistentes, dedicando á la libertad y al país una sentida improvisación, que fué acogida con unánimes aplausos. Leyó luego una notable carta del ex-diputado D. José Ojea, por la cual nuestro querido amigo se asociaba de todo corazón al pensamiento de fraternidad y de concordia generador de aquel acto, y ofrecía á la causa de la democracia sus incondicionales servicios. Leyéronse asimismo otras cartas no menos expresivas del respetable ex-ministro Sr. D. Tomas M. Mosquera, de don Luis Dieguez Amoeiro y de D. José Millan Astray, y varios telegramas de adhesión de los señores Gomez Stuyk, Soto y Carretero.

El Sr. Fernandez Latorre resumió de brillante manera los brándis, repitiéndolos en honor de los hombres públicos Salmeron, Chao, Carvajal, Ruiz Zorrilla y Mártos, y saludó con halagüeñas frases á las damas que habían tenido á bien realzar el acto con su gentileza y hermosura. A su vez la Junta cumplió con un deber de cortesía obsequiándolas con cajas de dulces y con ramilletes, en cuyas cintas se leía: *Banquete democrático de Orense*, 1881.

Llevada á efecto en favor del comandante Sr. Pulgar, preso en las de San Francisco de esa corte, una suscripción que inmediatamente produjo cerca de 1.500 reales, disolvióse la reunión á las once de la noche, en medio del mayor orden, entusiasmo y armonía.

Tal es la sucinta historia del banquete. Si entrara en mis propósitos el de hacer reflexiones, declararíame partidario de estos actos que templan el corazón, comunican vigor á los espíritus, y juntan en una sola aspiración las voluntades dispersas; si bien tendrían que censurar intransigencias nada propias de los que echan en cara este pecado á hombres por todos conceptos respetables é ilustres; pero como que en esto no me va ni me viene, contentaréme con recordar gustoso el brándis en que el Sr. Quereizaeta pagó la deuda de gratitud

contraída para con el Sr. Carvajal por Galicia, y en particular por la provincia de Orense, y con desear que sea duradera la comun inteligencia cimentada, según parece, en la noche del 25.

Dícese que algunos demócratas preparan un contra-banquete.

Y aquí concluyo, admirado de lo extenso que he sido y repitiéndome á sus órdenes amigo y seguro servidor

EL CORRESPONSAL.

EL ALIENTO DEL AHORCADO

LEYENDA

I

Hay en lo más empuinado del puerto de Pajares, á una orilla de la carretera y recostada en la montaña, una oscura casita donde resaca sus fuerzas el fatigado caminante. La aurora la tiñe con sus arbores; el huracán la presta con sus silbos mil tristes armonías; la noche la adorna en silencio de cristalinos encajes con témpanos de hielo, y en ella cuelgan sus nidios las errantes golondrinas. Los naturales del país la llaman *La Casa de Tibi gracias*, pues la tradición refiere que allí el infante D. Pelayo dió gracias al cielo por haber conseguido echar al árabe de Asturias.

En esa casa entraba yo después de haber dado gracias al cielo por haberme permitido ver mis queridas montañas tras de una larga ausencia. Era una tarde cruda del invierno; la nieve envolvía las cumbres; los árboles, despojados de hoja, tendían tristes sus brazos, como suplicando al cielo que volviera á poblarlos de las verdes ramas; gemía el viento, y los témpanos de hielo destilaban con monotonía compas líquidas perlas.

A la puerta de la histórica casita me hallé á un anciano, conocido en el vecino pueblo de Pajares con el nombre de *Matixeo*. Le abracé, con el corazón colmado de alegría, y su mirada dulce y candorosa despertó en mi alma los risueños encantos de mis primeros días. Él era depositario de las tradiciones de mi pueblo. Él era el archivo viviente de sus glorias y sus desventuras. ¡Ah! ¡Cuántas veces en su pobre choza yo me extasié escuchándole relatar mil fantásticas leyendas! ¡Cuántas veces me hizo derramar lágrimas con sus sencillas tradiciones! Yo se lo recordé en aquel instante, y él, señalando á un jirón de niebla que envolvía la cima de la *Sierra del Castillo*, me dijo: «Casualmente aquella blanca neblina me traía ahora á la memoria un cuento que cien veces he oído á mis abuelos.» Le insté á que me lo relatará; y huyendo del frío y de los vientos, me llevó á sentarme junto al hogar tranquilo. Oscilaban las rojas llamas y su claridad iluminaba el rostro del labriego, curtido y surcado de arrugas como un viejo pergamino donde hay trazados signos de pasados tiempos.

El humo se elevaba en misteriosos giros. Bajó los ojos al suelo el anciano, y tendiendo sus manos sobre los leños que ardían, parecía que evocaba las sombras de cien héroes, y con pausada y temblorosa voz, con la sencillez de un hijo de las montañas, comenzó á relatar la historia que hoy voy á referiros.

II

Era una tarde triste del otoño. Las oscuras aguas del Nalon arrullaban con pausado y bronco acento el castillo de Priorio; el viento, que continuamente zumbaba en las elevadas torres, hoy gemía en torno de ellas con más tristes ecos. El són de una campana rodaba por los solitarios claustros llamando á la mesnada, y á su vez acudían en són de guerra los hombres del castillo.

El caballero enjaezaba su corcel, que apagaba con trémulo relincho la voz de la campana; el piquero afilaba la ferrada pica, templaba la ballesta el ballestero, y todos esperaban por momentos la hora de partida para tornar gloriosos trayendo sobre las ensangrentadas lanzas trofeos del combate.

Bermudo II, que á la sazón era monarca de Leon y Asturias, para librarse de las terribles invasiones de Almanzor, que con sus falanges avanzaba como el huracán de los desiertos que arrolla á su paso cuanto encuentra, llamó al fonsado á sus vasallos, y Olmundo Osorez de Tuñon, señor de las Torres de Priorio, reunió su gente de armas, y oyendo la voz del rey se aprestaba para el combate. Era Olmundo hijo del valeroso conde Adolfo Osorez, cuya espada había sido terror del agareno, y que hoy, decrepito y sin fuerzas, miraba con pesadumbre marchar á su hijo á la pelea, aumentando su dolor al ver bañado en llanto el rostro del tierno nieto al despedirse de su padre.

Tras de un largo silencio, el anciano conde alzó la frente y dijo: «Pero ¡qué! primero es el servicio del rey y el honor de la familia.» Y levantándose del tallado escaño en que yacía, con vacilante paso se dirigió á su cámara; descolgó la vieja espada que tantos recuerdos traía á su memoria, llamó á su hijo, y díjole con voz ronca y temblorosa: «Jura sobre la cruz de esta espada no deshonrar por cobarde el nombre de tu padre.» Olmundo, lleno de resolución, le contestó: «Os lo juro, padre mio;» y el caduco Adolfo ciñó á su hijo la espada que contra el fiero alarbe esgrimiera en cien combates.

El viento zumbaba en los huecos de las altas torres; las oscuras aguas del Nalon arrullaban con pausado y bronco acento el castillo de Priorio; el són de la campana rodaba por los claustros llamando á la mesnada. Olmundo postróse ante su padre y besó su temblorosa mano; abrazó á su tierno hijo, y partió al combate.

III

La ciudad de Leon, la corte de los reyes, había sido arrasada por las turbas de Almanzor, á pesar de los esfuerzos del intrépido conde Guillen Gonzalez, á cuyo lado había luchado como un tigre el caballero Olmundo.

Pasaron algunos meses; Bermudo II, que con los tesoros santos que guardaba la noble ciudad se había refugiado en Asturias, volvió á su antigua corte; mas sabiendo que el invasor terrible avanzaba de nuevo, se detuvo en el castillo de Luna.

Allí estaba el señor de Priorio con su huésped. El rey le quería como á un hijo, y él quería al desdichado Bermudo más que á su propia vida.

Almanzor, después de haberse apoderado de Astorga y de llegar á Santiago, hollando con impura planta el sepulcro del Apóstol, lleno de orgullo se dirigía á Asturias para borrar de una vez las glorias que eran la deshonra de los dominadores de España.

Rompían los velos de la noche los primeros destellos de la luz del día, y un sordo rumor se oía en lontananza. El centinela que con ojo avizor había columbrado una negra y movable franja que manchaba el horizonte, al oír los atambores árabes dió desde el elevado cubo la voz de alarma. Quizás el primero que la oyó fué el valeroso Olmundo, que, aguardando con ansia la pelea, repetía entre sueños: «Os juro, padre mio, sobre la cruz de esta espada no deshonrar por cobarde el nombre vuestro.»

El hijo del desierto, negro como la noche que ostenta sobre su frente la media luna, avanzaba soberbio con sus triunfos. A la veloz carrera de los fieros alazanes estallaban los flotantes alquiceles, agitados por la brisa de la mañana, y heridos por la primera luz brillaban los alfanjes.

Olmundo, que anhelaba con ardor el momento de la lucha, los veía llegar desde la enrejada ventana de una torre, y la gente del castillo juntábase á trompa tañida y se preparaba á la defensa.

Llegó por fin la hora; se cerró la batalla, y repetidos asaltos dieron los agarenos al castillo; pero otras tantas veces fueron rechazados por sus heroicos defensores.

Pero cuando era más grande el estridor de la lucha; cuando el polvo envolvía el campamento; cuando el ancho muro estaba á punto de ceder; cuando la muerte extendía sus alas de sombra sobre el campo de combate, entónces el señor de Priorio, al frente de su intrépida mesnada, salió á lidiar brazo á brazo con las falanges musulmanas. La gente del castillo les miraba avanzar llena de terror y asombro. Olmundo, colmado de entusiasmo, hundía los acicates en su caballo y avanzaba cual en alas de los vientos, blandiendo la espada con denuesto. La mesnada le abandonó un momento, y él, lleno de valor, siguió avanzando

El rey, que desde un torreón observaba la lucha, lanzó un grito de amargura. Olmundo cayó de su caballo; vió girar un momento ante su vista el campo de batalla; negras sombras turbaron sus ojos, y quedóse sin sentido.

Cobrando entónces valor, é inspirada por la venganza, avanzó con esfuerzo la huésped del señor de Priorio. El ejército que se hallaba refugiado en el castillo, salió decidido á vengar su muerte; y veloz, amenazador como el *simoun*, hizo retroceder, llenos de espanto, á los soldados de Almanzor, que huían presurosos.

Buscaron los valientes defensores con ansiedad el cadáver del infortunado Olmundo, y sólo hallaron teñida en sangre la espada que el conde Adolfo Osorez ciñera á su hijo al partirse á la pelea.

IV

Corría el año de 1012: á la falda de unos gigantescos montes alzábase el pardusco templo de Arbas cual un sombrío ermitaño que, vestido de tosco sayal, se halla sentado á la orilla del sendero para prestar auxilio al caminante.

Los últimos latidos, las postreras vibraciones de la ronca campana, parecen los sordos ecos de la oración que murmuró el cenobita. El pálido jirón de niebla que circuye la frente de la torre se asemeja á la blanca cabellera del asceta (1).

Por un camino que se abre entre mustias colinas y calizas rocas, marchaba un peregrino cubierto con burdo capisayo. En su rostro, atezado por el candente sol del Mediodía, veíanse marcados los rasgos de la angustia y de la fatiga, y el hábito del tiempo había blanqueado su ondulante barba y su cabello.

Al escuchar el són de la campana, que con lúgubres tañidos parecía dar el adiós de despedida al sol que ya espiraba, dirigió sus pasos el viajero á la hospitalaria iglesia, á cuyo amparo se alzaba un humilde monasterio. Demandó asilo, y un piadoso monje, con la sonrisa en los labios, acogió su súplica.

Avezado se hallaba el oscuro peregrino á fatigas y jornadas; pero los muchos sufrimientos habían debilitado sus fuerzas, y por eso, cansado y jadeante, sentóse á repararlos en un pozo de granito, á la fresca sombra del pórtico.

Apagáronse en las bóvedas del templo los últimos rumores de las oraciones que entonaban los solitarios eremitas, y dirigiéronse éstos al claustro donde descansaba el desconocido viajero. Interesóles en gran manera su faz venerable y bondadosa, su mirada arrogante y los atavíos militares que se dejaban descubrir bajo los humildes arreos del peregrino. Acercáronse á él, y con acento cariñoso le preguntaron:

—¿De dónde sois, viajero?

Inclinó un momento la frente sobre el pecho, vertió dos lágrimas, y dijo:

—Yo soy de la tierra que riego con mi llanto; como estas lágrimas que bañan mi rostro, es triste la historia de mi vida; como ellas son puros de mi corazón los sentimientos.

Estas palabras, llenas de amargura y veladas por el misterio, despertaron más el interés y el afecto de los monjes.

—¿Por qué es tan triste vuestra historia? Decídnoslo, que acaso nosotros podremos endulzarla.

—Hoy es ya un poco más dulce mi existencia; hoy renace en mi pecho la alegría al contemplar de nuevo estos riscos y estas breñas, al pensar que dentro de muy poco tiempo podré estrechar con mis ya trémulos brazos al hijo de mi alma.

Y por ese placer que sienten los que sufren al compartir con otro sus dolores, les relató su historia.

—Yo soy un aventurero; yo soy un soldado que á la voz del honor y de la patria marché á la guerra, abandonando al hijo á quien amaba.

Luché cual me cumplía, y caí herido al frío golpe de los alfanjes musulmanes. Cuando, recuperadas las fuerzas que perdiera en el desmayo, pude abrir los ojos, víme en la lóbrega caserna de una fortaleza, y escuché allá á lo lejos, cual vagando por subterráneas galerías, los débiles y vibrantes ecos de la jábega y la guzla, las temblorosas notas de la cítara y el ruido de la zambra. ¡El árabe se había convertido en mi señor, y yo, llorando, maldije mi suerte!

¡Quién sabe los años que he vivido en los olvidados huecos de aquel silo! ¡Cuántas noches de tristeza he pasado en aquella medrosa soledad, sin más compañía que el dolor, el recuerdo de dos

(1) Este templo fué construido, con un convento y un hospital, para asilar los peregrinos que por allí pasaban á Santiago de Galicia y San Salvador de Oviedo.

queridos séres y mi sombra, que temblaba á los fulgores de una tétrica lucerna, abultando mi pavora!

Un día, día feliz, no interrumpió mis profundas meditaciones el ruido de los cerrojos que se abrían para dar paso al adusto carcelero. Las sombras habían envuelto ya los senos de aquel antro. Yo contaba por distraerme los eslabones de la cadena que me oprimía, y eran más los combates en que había lidiado! De pronto cede la ferrada puerta al golpe del hacha; veo el estandarte de la cruz; mi pecho se anima; caen á mis piés las cadenas que me sujetaban, abrazo á mis libertadores, y exclamé: «¡Soy libre!» al bñarse mis pupilas en la luz de la tarde que aún brillaba.

Entonces recordé el voto que había hecho de ir cual peregrino á San Salvador de Oviédo, y me resolví á cumplirlo. Cuando entrara en la prision era yo jóven, resuelto y decidido; cuando salía, las arrugas surcaban mi frente, blanca se había tornado mi blonda barba; mis brazos ya temblaban, y sólo anhelaba estrechar entre ellos al hijo de mi alma. ¡Quizás ya no exista! ¡Por eso es tan triste la historia de mi vida! ¡Quizás sólo podré abrazar sus frias cenizas!

Los monjes, que hasta entonces absortos le habían escuchado, con interés le preguntaron:

—¿Y cuál es vuestro nombre?

—Yo me llamo... el dolor anudó la garganta del viajero; el llanto empañó sus apagados ojos; zumbaron allá en la torre tres lentas campanadas; cerráronse las puertas del convento, y reinó por todas partes el silencio de la noche...

V

En el monte de *Valgrande*, entre espesos jarales y sobre una oscura sierra, alzábase el castillo de Pajares con sus torres, sus fosos y sus puentes.

El era el rey de aquellas soledades; él era el negro fantasma que miraban llenos de horror y con respeto los míseros pecheros que habitaban á su maligna sombra.

Gobernaba aquella comarca, por merced del rey de Leon y Asturias, un jóven apuesto y valeroso, llamado Munio. Bermudo II, agradecido en extremo á los favores que le había prestado el padre del bizarro jóven, concediera á éste el castillo de Pajares, haciéndole señor de horca y cuchillo, pendon y caldera. Desde una edad temprana había perdido Munio el auxilio de sus padres, é invadiendo el dolor su corazón, había enturbiado con llanto sus ojos é inclinado su abatida frente sobre el pecho. La desgracia le había hecho humilde y cariñoso con todos.

Más ¡cuán poco tarda la blanca nubecilla que se eleva desde el valle en preñarse de cólera y rasgarse con el cárdeno relámpago, estallando con la voz del trueno! Así, cuando más tarde, con el favor real, vióse convertido Munio en castellano de Pajares; cuando, asomado á un mirador de la soberbia fortaleza, vió bajar los ojos con timidez á sus vasallos; cuando desde el elevado cubo miró á sus piés el sol poniente; cuando escuchó el eterno zumbido de los vientos en los altos torreones, entonces alzó su frente con orgullo, dirigió más alta su mirada que el vuelo de las águilas, y resonó su voz con el acento de los huracanes.

Todos temían sus ímpetus violentos; todos enmudecían al escuchar su voz, como calla absorta la naturaleza al retumbar el trueno.

La tarde, esa postrera mirada del día, espiraba débilmente, y al espirar el sol lloraban lágrimas brillantes los sonoros rios al estrellarse entre las rocas, gemían y suspiraban las auras doloridas y enlutábanse en señal de duelo las cumbres de los montes.

Por escabroso sendero, que serpenteaba hasta llegar al castillo de Pajares, subía, ya muy cerca de él, una lucida hueste, divisiéndose, entre todos, un caballero jinete en un brido gallardo. Ostentaba cincelada cimera en el almete; lucía cota y un briol bermejo, que agitaban las brisas de la tarde. Era el conde Munio, que tornaba victorioso del combate, y para celebrar el triunfo aderezábase el festín, ardían las lámparas de azófar, llenábanse de añejo vino los cangilones, ostentábanse tallados siales y bordados almadragues, y aprestábase el trovador á entonar el pregon del castellano.

Todo era animacion en el castillo; aún yacían en la puerta los laureados combatientes limpiando el polvo de la jornada; aún no habían recogido los corceles, cuando con fatigoso paso llegaba el peregrino que el día anterior cruzara por la falda de los *Herbasos* montes, y viendo que la tarde avanzaba y que acaso le sorprendería la noche en el camino, llegóse al jóven Munio y le dijo con la mesurada altivez de un veterano á cuya memoria acuden su historia y sus desgracias:

—Señor, viene á demandaros hospitalidad por esta noche un soldado que fué del malhadado Bermudo; protegéd á un desvalido.

—¿Cuándo pagué yo pecho de yantar á un extranjero? contestóle el conde irguiendo la cabeza con orgullo.

—Señor, los caballeros de Leon y Asturias siempre pagaron de buen grado pecho de yantar á un afligido, y á fe mía que muy bien no se hermana la nobleza de esos atavíos con las acciones vuestras, pues jamás un caballero se complace en humillar al desgraciado.

—¡Vive Dios, que á probarte voy bien pronto que me gusta elevar y no abatir al insolente!..

—No blasonéis de poder, que os lo concedo; pero tened en cuenta que os lo dice un hombre encanecido; ¿qué es todo vuestro poderío, si una ligera ráfaga de niebla basta para arrebatarlo entre sus giros? ¡Si así como vos podeis ensañaros con un indefenso anciano, puede ensañarse en vos la muerte con un débil soplo!

Ofendióse más y más el orgulloso Munio con la verdad de las palabras de aquel desconocido, y ardiendo en cólera, llamó á cuatro escuderos, mandándoles prender al que, vestido de tosco sayal, se atrevía á hablarle con aquella altivez; y dirigiéndose luego á un caballero á quien quería en extremo, por haber acompañado á su padre en cien combates, le dijo:

—Ahorcad á ese menguado que se atreve á insultarme; pero allá, muy lejos, que no interrumpa con el estertor de su agonía el gozo de la fiesta.

—Por vuestro padre, señor, perdonadme si os he ofendido; mirad que soy un decrepito anciano que sólo anheló, tras una larga ausencia, abrazar entre mis trémulos brazos al hijo de mi alma...

Munio sacudió la cabeza en señal de desprecio; extendió el brazo como diciendo á los verdugos que consumasen el sacrificio;

apoyó su robusta mano en los gabilanes de la espada, y mirando hacia atrás con sonrisa fiera, entró en el castillo diciendo: «Por mi padre, que has de ver si un jiron de niebla arrebata mis poderes.»

Derramó dos lágrimas de amargura el peregrino, quizás las últimas, agotado ya el caudal de su llanto. El caballero encargado de presenciar su muerte le miraba compasivo y con un interés que no acertaba á explicarse; pero no se atrevía á interceder por él, porque comprendería que eran inútiles sus ruegos, y obedeciendo el decidido mandato, comenzó su marcha á cumplir el triste fallo la fúnebre comitiva.

Los ecos del festín empezaron á resonar por el castillo, y el sol acabó de hundir su enrojecida frente, dejando sólo teñidas de débiles fulgores las cumbres de los montes.

VI

La luz del sol se había ya apagado. En una colina elevada, á la falda de escabrosa y áspera montaña y á la vista del castillo de Pajares, se alzaba un tosco leño, envuelto por las tintas del crepúsculo. ¡Era la horca en que había de espirar el desdichado peregrino!

Llegó la hora. Echaron el córdel á su garganta, y al elevarlo en el madero exclamó con voz ronca y apagada:—¡Munio, hijo querido!

Oyóse al punto una voz preñada de dolor, que dijo: ¡Olmundo! Y el caballero, que con tanto cariño é interés había seguido al ignorado caminante, reconoció en él á Olmundo, el señor de Priorio, y lleno de amargo llanto corrió á abrazarle. ¡Mas era tarde! Olmundo ya espiraba; crispáronse sus miembros; estremeciése su cuerpo con bruscos sacudimientos; giraron sus ojos en sangre; comprimióse su boca, y de la espuma que hervía en sus convulsos labios brotó una pálida bruma que fué extendiéndose y rodando hasta que llegó al castillo y lo envolvió en sus senos.

El desconsolado caballero corrió á dar la triste nueva al conde Munio; se apresuró á comunicarle que, en su orgullo, había mandado matar á su mismo padre, á quien creían muerto ya había muchos años. Y cuando jadeante llegaba cerca de la fortaleza, la luna, que con sus primeros rayos hacía ya brillar los quebrados perfiles de las rocas, comenzaba á disipar la niebla que se agitaba en torno de la morada del orgulloso señor de Pajares; y vió lleno de horror el caballero que entre los fantásticos giros de la bruma que se iba deshaciendo, desaparecía también la fortaleza, sin quedar ni los cimientos. Y entre las nubes de la fugaz neblina, que se rasgaban heridas por los rayos de la melancólica reina de la noche, aún resonaba la algazara de los brúndis, aún estallaban las frenéticas carcajadas de los soberbios caballeros, y aún resonaba la voz del señor de Pajares, que decía: «¡Por mi padre, que has de ver si un jiron de niebla arrebata mis poderes!...»

VII

Desde entonces, el lugar donde se alzaban las torres de la robusta fortaleza se llamó la *Sierra del Castillo*; la colina donde fué ahorcado Olmundo, *El canto de la forca*, y el monte que acogió en sus senos la última voz del desdichado peregrino, que llamaba al hijo de su alma, *El monte de Munio*.

JUAN MENENDEZ PIDAL.

Madrid 8 Febrero 1831.

LA REVELACION DE PSIQUIS

(CUADROS RURALES)

I.

—María, ¿has oído esta noche aullar los perros?
—¡Y cómo aullaban!...
—En toda la noche he podido cerrar los ojos.
—¿Quién se morirá, Gabriela?
—Alguien se muere, por fuerza...
—Yo tuve mucho miedo, y no me atreví á salir á la ventana á ver hacia dónde se dirigían los aullidos.

—Tampoco yo ¡Dios me libre de eso! Pero oí contar á Mauricio que, cuando volvía del *seran* de Soutelo, al bajar la cuesta de los Molinos, vió encima de la iglesia una cosa blanca...

—¿Qué querrá decir eso?
—Y despues dice que le zumbaban los oídos durante todo el camino, como si las campanas tocasen á muerto y los curas cantasen el oficio de difuntos.

—Pues eso algo quiere decir... ¿No te acuerdas tú de aquella paloma que tres días antes de morir se la madre del cirujano venía diariamente á ponerse en la ventana de su cuarto?

—Y la pobre señora entregó su alma á Dios á la misma hora en que la paloma venía á pararse en la ventana...

—¿Y no te acuerdas también de aquel cuervo que pasó graznando por encima de este lugar el día que se murió el escribano?

—Sí, me acuerdo, sí; y de que, cuando se murió la mujer del señor Cosme, el regidor, aquella tarde habían perdido la vaca, y despues, á las altas horas de la noche, momentos antes de espirar la señora Gertrudis, vino el animal, y con la pata llamó á la puerta...

—Es verdad, á la hora de la marea...
—A la hora de la marea, eso es: todos agonizan en esos momentos...

—¿Sabes tú algo? Mauricio, segun cuentan por ahí, se casa con la criada de la señora.

—Ya hicieron los conciertos.

—Sí, sí...

—Y aseguran que el ama de Basilia, con el señorito, les apadrinarán en la boda.

—Buena conveniencia hace Basilia.

—No la hace más mala Mauricio, pues ella es muy hacendosa y limpia como un coral: no tiene otra cosa que decir la señora.

—¿Tendrán la fiesta en casa del ama de Basilia?

—Ya se sabe que sí. Y la señora ya les ha prometido que ha de pagar todo.

—¡Buen regalo les hará!...

—¡Vaya si se lo hará!
—¡Ah! La señora es muy buena: si todas las amas fuesen como ella es, nos echaríamos todas á servir: es la Providencia de los pobres y la honra de la aldea. El día que ella se muera, podemos decir que nos quedamos huérfanos.

—¡Jesús!
—¿Qué tienes, mujer?
—¿No has visto?
—No he visto nada...

—Una cosa negra que saltó de aquel tejado...
—No hay duda... alguna desgracia va á suceder en el lugar.

—¡Ave María Purísima!
—¡Dios nos tenga en su gracia!

—¿Has oído algo?
—¿De qué?

—Dicen que la hija de Lorenzo se está muriendo.
—¿Paulina?...

—Sí, esa pobre Paulina, que todos llaman *la luna en la tierra*, porque es tan descolorida y melancólica como la de los cielos. La comparacion está muy bien hecha, porque á Paulina le gusta mucho la soledad, y siempre se la ve andar solita como paloma desaparejada.

—Nadie ha acertado con el mal que tiene.

—Nadie; y eso que ya le han echado muchas veces las bendiciones, y ha bebido el agua bendita por mucho tiempo, y le han traído la hierba de tres hojas, cogida antes de rayar el alba, se las han traído también de siete cementerios, y la han dado sahumos con todas juntas, y han ido con ella á los adivinos; pero nada...

—Hizo el domingo tres semanas que le dió de repente en la iglesia no se sabe qué fué, y desde entonces nadie se las cuenta buenas.

—Es verdad; fué el día de Santa Ines.

—¿Qué mal será ese que la consume?

—Yo no sé que te diga; pero me da el cuerpo... me da el cuerpo... que ahí debe de andar alguna brujería.

—Cosa buena no puede ser... Dicen que el pájaro de la muerte se oyó cantar el otro día...

—Mira, mira...
—¿Qué es?

—Allí va Mauricio...

—¡Ah, sí! Todas las noches pasa un rato en la cocina de la señora, platicando con Basilia.

—Este Mauricio trae á las muchachas todas medio locas.

—¡Qué milagro! Como canta tan bien y baila que da gusto, y tiene unas habilitas tan engatusadoras...

—Y como es buena conveniencia...

—¡Bah! Déjate de cuentos: eso mucho vale, pero las muchachas, en cierta edad, sólo miran al bien parecer.

—Pues por mí, puedo decirte que aunque eso me llevaba los ojos como á otra cualquiera, me decidí por mi Ambrosio, que si es así, tagarote y mal encarado como se ve, en cambio me trajo buena dote. Por fin, donde no hay harina todo es mohina, y más vale hombre feo con buen arreo, que mozo bonito sin un pito.

—Pues yo me dí toda enterita al donaire de mi Manuel; y si es verdad que no me trajo otra cosa que su cuerpecito, no por eso me pesa, ni me tiene faltado pan, gracias á Dios.

—Sí, sí; bueno es todo, si puede ser. Pero repara tú cómo Mauricio no se anda con tonterías, y se arrima á la criada de la señora que tiene cuatro cuartos y buena hacienda; por más que, con respecto á gracia y hermosura, no tiene gran cosa, que digamos, para poder echar por ella... Pero yo me estoy aquí charla que te charlarás, y la noche va marchando. Adios.

—Adios.

II

—¡María!
—¡Hola, Gabriela! ¿Dónde vas?

—A la fuente.

—Tarde vas hoy á la fuente, Gabriela; ¡y luego con la oscuridad que hace!

—Muy tarde es, y andar de noche no es bueno; pero como anduve hoy tan ocupada...

—Es verdad; estuviste de boda: ¿qué tal estuvo?

—Calla, mujer, una tristeza.

—Yo también asistí á otra fiesta...

—No me hables de eso...

—¡Ay! ¡Siento unas ganas de llorar!...

—A Mauricio le pasaba lo mismo: así es que, más bien que boda, fué la suya un entierro.

—¡No era milagro que los perros aullasen tanto estas noches pasadas!

—También Mauricio dice que aquella cosa blanca que vió encima de la iglesia cuando por la noche volvía del *seran*, era un aviso.

—El mismo día me salió á mí un huevo con dos yemas.

—Y la Basilia nos contó que la víspera de su casamiento se le apagó por tres veces seguidas el candil, y eso que estaba lleno de aceite.

—Mauricio dice que no sabe por qué tomó tan grande pena.

—A todos les pasa lo mismo: aunque se muriese la señora, con ser tan querida como es por todo el mundo, no habría más tristeza en el lugar.

—¿Quién lo había de decir!

—¿Tú estabas allí?

—Toda la noche, y hoy todo el día.

—¿Cómo fué? Cuéntamelo.

—Tú ya sabes que nadie sospechaba siquiera que Paulina tuviese un novio, ni se dijo nunca que por algun mozo tuviese interés ninguno.

—Es cierto; y eso que *la luna en la tierra*, como la llamaban todos, era bonita como los ángeles.

—¡Si era bonita!... Aun tenía ella más gracia en aquella boca que el nacer del alba en las mañanitas de Mayo, y más frescura en sus labios que el arroyo que por ahí pasa escondido debajo de la madre selva, y de la zarza-mora. ¡Si tú la vieras reír!... Era una risa llena de tristeza; el acibar y la miel reunidos en una copa maravillosa; algo de muerte y algo de vida mezclados y confundidos, pero jamás bien ligados en una cosa sola nueva y única: cuando Paulina reía se extendía por su rostro la melancólica placidez de aquellas noches de verano, en que brillan las estrellas humedecidas en el vapor de la lluvia que por la tarde arrojó la tormenta; era el suyo como el reír de la preciosa flor que el jar-

dinero de la señora llama *tigridia*, la que se desdobra brillante de colores al primer rayo de sol para morir á las pocas horas: era una sonrisa de los cielos puesta en la boca de una mortal mujer. A mí me parece que aquella manera de reír nunca fué de este mundo. ¡Y qué ojos tan hermosos tenía! Yo nunca sentí tanta placidez al ver el sol haciendo relucir las arenitas que bailan suspendidas en el agua del pilón de la fuente, como cuando tropezaba con sus miradas: ya no quedan en el mundo dos ojos como aquellos... ¿La has oído tú cantar alguna vez? Muy pocas veces cantaba; pero cuando su garganta quería hacer callar, avergonzados, á los ruiseñores del soto, entonces no había más que desear: á mí me daban siempre muchas ganas de llorar escuchándola, porque su voz no sé que tenía que daba un placer muy grande, y causaba al mismo tiempo una pena profundísima, inexplicable. ¿Cómo decirlo? Era así como si saliesen por su boca las congojas de la Madre de Dios al pié de la cruz, lloradas por un querubín. ¡Cuántas veces abandoné mis quehaceres para sentarme á escucharla! Y siempre que esto acontecía me ponía, de tan triste como quedaba, á desear la muerte, y todos me preguntaban qué tenía. ¡Pobre Paulina! Ayer cumplió quince años... ¿Quieres creer que anoche me pasó una cosa muy significativa? Me fui, como de costumbre, á lavar la verdura á la fuente, para preparar la cena, y como hacía tanta claridad...

—Muy tarde has ido entonces.

—Ya ves; había salido ya la luna.

—Muy atrevida eres, pues bien sabes que á esas horas se ven muchas cosas...

—Sí, pero no pude ir ántes, y no tuve remedio más que ir. Hacía mucha claridad, y al meter las coles en el agua, se me figuró que le salían alas á la luna, y que del fondo del pilón echaba á volar como si fuera una ave muy blanca que huía espantada de mí. ¿No te parece que esto podría querer decirme que yo iba á ver volver para siempre *la luna en la tierra*? ¿No te parece, Gabriela?

—De esas cosas se ven muchas, y yo también creo que sería un presagio.

—Este otro día encontré á la madre de Paulina en el camino de la ermita, que volvía de hacer una oferta al santo, y noté que venía muy afligida; le pregunté si acaso había tenido alguna desgracia y, echándose á llorar sin más ni más como una Magdalena, me contó que hacía unos días que su hija se encontraba muy mal, muy mal. En vista de esto me fui allá, y ví á la pobre muchacha en un estado que partía el corazón: no comía nada, y le daban unas cosas tan horribles, que no parecía sino que tenía los diablos en el cuerpo: por más que le preguntábamos qué la atormentaba, no respondía sino con miradas que era un dolor el verla, con tan hermosos ojos, mirando de aquella manera que infundía espanto. ¡Qué misterio tan grande será ese que así cambia la expresión de la cara más hermosa en tremendos y horribles gestos, cuando el dolor mortifica á las personas ó la muerte las hiera!

—No lo dudes, María; esa muchacha estaba embrujada: como era tan bonita, alguna madre, celosa de que su hija no lo fuese tanto...

—¡Buena brujería era ella!

—Por fin averiguaste...

—Ella misma me lo dijo todo.

—¡Pobrecita! ¿Y quién era la bruja? ¿Te lo dijo también?

—Era brujo...

—¡Jesús, María y José! ¡Qué milagro que así la tuviese!...

—Esta mañana, despues que salió la comitiva acompañando á los novios, de repente se volvió hacia mí y me dijo con mucho misterio: —¿Estamos solas?—Sí, le respondí, pero déjate estar quietecita en cama.—¿Estamos solas, eh? volvió á preguntarme muy bajito, y con un semblante muy risueño. Le aseguré de nuevo que sí lo estábamos, y acercando entonces su boca á mi oído, me dijo con una voz que parecía un airecito de esos que apenas mueven la llama de una luz:

—Dormía aquí...; pero hace unos días que despertó...

—¿Quién, hermosa mía? le pregunté, muy admirada de esto que me decía la enferma; y ella siguió:

—Sí, es verdad que tú no lo sabes, no me acordaba; yo sola, solita lo sé. No lo sabe nadie, nadie, nadie; solamente yo, yo solita sabía que estaba durmiendo aquí. Y Paulina ponía siempre la mano encima del pecho. Yo creí que deliraba; y no le dije nada; pero ella me cogió una mano, que sentí abrasada bajo la presión de la mano de ella, y siguió diciendo:

—Debía callar siempre, como callé hasta aquel momento; pero no puedo, no puedo...

—Pero ¿qué tienes, amiguita mía? le pregunté experimentando el principio de un miedo inexplicable.

—Debía callar y no puedo, siguió hablando; no puedo, porque si dormido me dejaba en la paz de la tristeza, despierto me atormenta con mucha crueldad.

—Pero ¿quién te atormenta de ese modo? Dímelo á mí.

—¿Decírtelo? ¡Já, já, já, já!... Y soltó tan grande carcajada, que yo me levanté involuntariamente para marcharme, llena de terror; mas ella me tenía tan bien cogida la mano, que no hubo fuerzas humanas para que me la soltara. Yo estaba asombrada de aquella fuerza, de aquellos ojos espantados que parecían de una loca, y de aquella carcajada que me producía escalofríos con el miedo que me daba. Así que cesó de reír de tan singular manera, se quedó como sumida en una meditación muy triste, pero muy triste, muy triste: pasó de este modo algún tiempo, siempre con mi mano cogida entre las suyas, hasta que poco á poco fué volviendo los ojos hacia mí, y con ellos muy abiertos, fijos en los míos, exclamó:

—¿Quieres que te lo diga? ¿quieres? ¿quieres? ¿quieres?

—Sí, dímelo, le dije yo.

—Pero despues sabrás más que él mismo.

—¿Quién es él? le pregunté.

—¡Quién es él! exclamó muy asombrada y abriendo unos ojos que parecía querer tragarme con ellos.—¿Quién es él! repetía. Todo el mundo lo sabe. ¿Hay alguno por ventura que no conozca el sol?

—Lo que es el sol, si lo conozco, objeté yo.

—¡Ah! ¡bien decía yo que lo conocía todo el mundo!... ¿Dónde se encuentra otro que le iguale? Pero yo, aunque le ví muchas veces, solamente le hablé una, una sola vez... Era una mañanita de San Juan... yo traía un ramo de madreselvas y de campanillas olorosas, y él me lo pidió; yo se lo dí, y él, en cambio, me regaló esta cinta que se quitó del sombrero para darme. Paulina metió una mano en el pecho, y mostrándome una cinta azul

que allí guardaba, la besó con arrobamiento, y luégo me dijo:

—¿Ves? Es la cinta que él me regaló en cambio del ramo que yo le dí aquella mañanita de San Juan. Desde aquel día se me figuró que nunca estaba sola, y huía de la gente para entregarme á unos coloquios muy dulces; todos me creían enferma de tristeza, y yo no decía nada, para que me dejasen en paz en mis dulcísimas conversaciones con aquel que nadie veía á mi lado, cuando con él me pasaba las tardes enteras al pié del sauce que crece en el prado, donde brota el agua fresquita y crecen muchas margaritas y violetas; por la noche venía á verme, sin faltar una, cuando todos dormían en mi casa, y en todo el lugar no se oía otro rumor que el canto de los gallos á la media noche, el ladrido de algún perro, la lluvia y el viento en el invierno, y el paso jugueton del regato que cruza por entre las casas de la aldea. Mi madre se hacía cargo muchas veces que yo no dormía, y me preguntaba si tenía alguna novedad; pero yo escondía la cabecita de mi amigo aquí en mi pecho, y le respondía muy gozosa del engaño:—No, madre mía, no tengo nada; es que desperté, y estoy hablando con mi ángel de la guarda...

Paulina calló, y despues de un breve silencio se incorporó en la cama, y exclamó con energía:

—Sí; yo le recibía en mis brazos, le estrechaba contra mi pecho y le besaba la frente, porque era mio. ¿Lo entiendes? ¿Lo entiendes?

Yo no sabía qué decirle, y no pude ménos de echarme á llorar; y ella me dijo:

—¡Ah! ¡Te compadeces de mí, infame!... Nadie sabía la felicidad que disfrutábamos, nadie sospechaba tanta fortuna, y tú...

Se calló de repente, y comenzó luégo á hablar en un tono más dulce y sosegado.

—Mira, dílo, dormía aquí; mi pecho era su casita; y con este sueño era yo tan dichosa como la hija de un rey: él estaba vivo, ¡ah, muy vivo! Pero dormía... yo le velaba el sueño, y con mi aliento refrescaba sus sienes: cuando las sombras de la noche apagaban del todo la luz del día, y no se oía ningun rumor en la tierra, ni se abrían otros ojos en el mundo que los de los cielos, cuya mirada recatada y misteriosa descendía desde las estrellas, mi amigo aparecía á mi lado, calladito, pero amante. ¡Qué miedo tenía yo si me lo robaban! ¡Cuánto sufría á la idea de que alguna alevé pudiera despertarlo para luégo huir con él!... Hace hoy... (ya no me acuerdo cuánto hace, ¡una eternidad!) fué un domingo... estábamos todos oyendo misa... Yo nunca iba á la misa mayor porque tenía un presentimiento que me advertía que no fuese; pero fuí: mi temeridad y mi imprudencia me han salido caras... ¡Ay! Estábamos oyendo misa (él estaba también), y llegó el ofertorio... el cura cogió unos papeles y, volviéndose hacia la gente, se puso á leer en ellos... en los papeles...

Paulina apretó con sus dos manos la mano mía, que me tenía cogida con una fuerza asombrosa, clavó los ojos en un objeto que yo no pude ver, pero que ella veía perfectamente; y despues de mirarle así como nosotros miráramos un pozo sin fondo, lleno de monstruos, hacia dónde nos empujasen, dijo con una voz apagada, pero horrible, como si fuera la voz de uno que se ahoga en llamas, ó el grito lúgubre de una sombra lanzado desde el fondo de un sepulcro:

—Y de repente sentí una cosa mortal en el corazón: parecióme que caía en él un poco de aceite hirviendo, ó que lo atravesaba un hierro hecho ascua... ¡Ay de mí! El que dormía aquí dentro de mi pecho acababa de despertar de repente, dejándome el corazón destrozado al huir de su casita, donde yo le tenía escondido de las miradas de todo el mundo.

Estaba Paulina diciendo estas últimas palabras que acabas de oír, cuando mi chiquitín entró saltando como un cabrito, y me dijo á grito pelado:

—¡Madre, madre! Mauricio se ha casado ya; yo vengo de la fiesta, y ahí llegan los novios de la iglesia, más majos que dos papagayos. Va á haber gaita todo el día. Los convidados comen con Mauricio y con Basilia, en casa de la señora. Va á haber gaita todo el día.

Escuchando estaba yo al atolondrado de mi hijo, y luégo que se marchó, saltando y alborotando por tres, volví la cabeza, y ya no ví más que el rostro pálido de Paulina: acababa de espirar. En aquel momento me pareció la luna que en la noche anterior creí ver huyendo del pilón de la fuente á mi presencia.

JOSÉ OJEA.

Cortegada, Diciembre de 1880.

NUESTROS GRABADOS

1.º RETRATO DE D. CARLOS RAMON FORT Y PAZOS, profesor é historiógrafo ilustre: nació en la Coruña el día 4 de Noviembre de 1807, y falleció en Madrid el 9 de Abril de 1878.

Colegial del mayor de Fonseca y rector á los pocos años, cédole la honra de apadrinar en el acto de posesión de la beca de jurista al insigne Pastor Díaz, gloria de la tribuna y de las musas españolas.

Durante la juventud, desempeñó las cátedras de Literatura, Historia y Filosofía en los Institutos de San Sebastian y Pamplona, y más tarde las de Disciplina eclesiástica y Derecho canónico en Barcelona, Madrid, Salamanca y Sevilla, alcanzando por último el rectorado de la Universidad libre de Vitoria.

Consultado á cada instante como canonista por el episcopado español, bien pronto tuvo una reputación, aunque no tan brillante, cuando ménos tan sólida como la de algunas eminencias, y cierto que á todas hubiera eclipsado, á no ser porque sus ideas tradicionalistas se oponían á la popularidad ruidosa, y alejaban la admiración sobrado pueril de las muchedumbres.

Académico de la de la Historia, en medio de las tareas de revisión del Código civil, supo encontrar espacio para consagrarse á las letras, cuyo cultivo nunca del todo había abandonado, y dió á luz, entre otros trabajos no ménos meritorios, los elementos de Oratoria sagrada. la colección de Concordatos y demas convenios celebrados entre España y la Santa Sede despues del Concilio Tridentino, y los comentarios de las Instituciones canónicas de Devoti, escritos en latin, correctísimo por cierto.

A su cargo estuvo la segunda edición de la vida del P. Florez, y adelantadísima llevaba la continuación de la *España Sagrada*,

cuando le sorprendió la muerte eu medio de una ancianidad tan suave como laboriosa. Bien puede decirse de él que fue uno de los hijos más ilustres de la Galicia contemporánea.

2.º TIPOS POPULARES DE ASTURIAS.—MÚSICOS CALLEJEROS.

Los cantores vagabundos de extraños pueblos, á quienes, como á todos, favorece el prestigio de la distancia, que en lo moral aumenta las proporciones, así como en lo físico las disminuye, se llaman *trovadores*, *trouvers*, *minnesinger*; los de nuestro país no tienen nombre especial, por más que la analogía de la vida traiga consigo cierta analogía en las costumbres. El Sr. Cuevas nos representa, en el grabado que verán nuestros lectores, á los que en las romerías del verano y en las reuniones semanales, ya de los domingos, ya de los días de mercado, recorren los alrededores de Oviedo y otros pueblos de la provincia, restos de los antiguos juglares. En otro tiempo los cantores podían recoger preciadas prendas de manos de las damas; hoy, con ménos elevadas aspiraciones, se contentan con una simple limosna. Lo que se ha conservado de otros días, porque esto nace del genio del país y no podía perderse, es el carácter general del canto y del estilo, que forma la literatura popular de cada provincia. Preferible á las alegorías, cuyo sentido no es fácil descubrir, es y será siempre reproducir por medio de la representación artística los hechos históricos y los tipos populares, y á esto se dedican hoy los que comprenden la verdadera misión de las artes.

3.º DIPLOMÁTICA GALLEGO-ASTURIANA.—RÚBRICAS DE PERSONAJES CÉLEBRES EN LA HISTORIA DE GALICIA Y ASTURIAS (tomadas por nuestro colaborador D. Bernardo Barreiro de V. V.). (Véase el artículo de la página 75.)

4.º TORRE DEL CASTILLO DE ARJONILLA, en la que fué muerto el célebre poeta Macías. A cinco leguas de Jaen está situado este monumento del poder señorial, que nos recuerda uno de los hombres más simpáticos de nuestra primera época de renacimiento literario. Era propiedad de Hernan Perez de Vadillo, señor de Porcuna, cuya esposa doña Elvira estaba prendada del dulcísimo poeta gallego cuyo nombre ha quedado invariablemente unido al epíteto de enamorado. Se cree que era natural de Padron, que fué paje ó doncel de D. Enrique III, rey de Castilla, y del famoso D. Enrique de Villena, en cuyo servicio dió á conocer sobresalientes dotes de trovador, y conoció á doña Elvira, que más tarde había de ser causa de su muerte. Las obras del poeta pueden verse parte en el *Cancionero de Baena*, y parte en otras colecciones antiguas; en ellas se revelan su tierno corazón y algun próximo presentimiento de sus desgracias. No comenzaron los amores despues de casada doña Elvira, á quien su antiguo amante volvió á ver cuando ya lo estaba; pero el señor de Porcuna mandó darle muerte no bien supo que le faltaba á la fidelidad conyugal, reanudándose las antiguas relaciones. El ilustre escritor Larra ha descrito las indicadas escenas en su obra *El doncel de D. Enrique el Doliente*, excelente novela, clásica, si así puede decirse en el género romántico, y una de las que, con *Sancho Saldaña*, *El Señor de Bembibre*, de Espronceda y Gil respectivamente, y *Rojin Rojal*, y *Los Hidalgos de Monforte*, de nuestro Vicetto, se han propuesto describir á lo Walter-Scott, los agitados y caballerescos siglos de la Edad Media. La torre que representa el grabado pertenece hoy al Excmo. señor marqués de la Merced.

EFEMÉRIDES

MARZO.

GALICIA

1 de 977.—Muere San Rosendo, obispo de Mondoñedo.

1 de 1258.—El rey D. Alfonso X manda al cabildo de Orense no permita que á la muerte de un obispo se extraiga nada de lo que debía conservarse para el sucesor.

1 de 1669.—Escritura otorgada por el reino de Galicia obligándose á dar 30.000 ducados de capital y 1.500 de renta anual, cuya renta se había de emplear en cuatro velas de á libra para arder delante del Santísimo Sacramento en la catedral de Lugo.

1 de 1721.—Nace en Lugo el ilustre escritor D. Juan Francisco de Castro.

1 de 1776.—Colócase en este día la primera piedra de la iglesia de San Julian del Ferrol.

1 de 1810.—Por real decreto de la regencia que lleva esta fecha se dá título de *Leal y valerosa ciudad de Vigo* á la antigua villa de este nombre, por los servicios que prestó en 1809.

1 de 1837.—Es fusilado en el pueblo de Braña (Lugo) el cabecilla faccioso conocido por *Vinagre*.

2 de 1365.—El obispo de Lugo D. Pedro Lopez de Aguiar y su cabildo hacen permuta en esta fecha con la priora y convento de Santa María la Nova de la misma ciudad, de algunos bienes y beneficios, cuya permuta confirmó el Pontífice Benedicto.

3 de 1736.—Muere el escritor gallego Bermudez.

4 de 1809.—Los aldeanos de las inmediaciones de Vigo, acaudillados por D. Juan Rosendo Arias y D. Cayetano de Limia, se aproximan á la ciudad interceptando todos los caminos y causando muchas pérdidas á los franceses cuando hacían salidas con objeto de batirlos ó recoger víveres.

5 de 1871.—Muere en Vigo el obispo de Orense Ilmo. señor D. José de la Cuesta Maroto. Se le dió sepultura en la iglesia del convento de San Benito de Celanova.

6 de 1776.—Nuestro ilustre compatriota el sabio D. José Cornide es elegido secretario de la Academia de Agricultura de Galicia.

7 de 1860.—Alocucion del ayuntamiento de Santiago sobre la construcción de una vía férrea desde aquella ciudad á Cesures.

8 de 1623.—Léese en el ayuntamiento de la Coruña una carta del conde de Gondomar, D. Diego Sarmiento de Acuña, y del confesor del Rey D. Fray Antonio de Sotomayor, comunicando la concesión del voto en Cortes al reino de Galicia.

8 de 1813.—Tiene lugar en este día la inauguración del obelisco levantado en Ferrol á la memoria del célebre marino Churrua.

A. VAZQUEZ.

FEBRERO.

ASTURIAS.

29 de 1820.—El regimiento provincial de Oviedo, al mando del brigadier coronel D. Pedro Mendez de Vigo, pónese sobre las armas para sostener la petición, hecha á Fernando VII, de convocar Cortes y jurar la Constitución de 1812.



MARZO.

1 de 1101.—Es consagrado obispo de Oviedo D. Pelayo, autor del llamado Códice ovetense en que hizo copiar los cronicones de Sebastian, Sampiro y otras varias crónicas.

1 de 1580.—Es jurado príncipe de Asturias D. Diego de Austria.

2 de 1171.—El rey D. Fernando dona á la iglesia de Oviedo los castillos de Monteral, Miranda y Teverga.

3 de 1444.—D. Juan II da al príncipe de Asturias las tierras y pueblos de su territorio.

3 de 1880.—Muere en Pendueles de Llanes el Excmo. señor D. Francisco Mendoza Cortina, primer conde de Mendoza Cortina, ex-diputado á Cortes y senador del reino.

4 de 1470.—Contrato del cabildo de Oviedo y el maestro Juan de Molina para la construcción de la puerta de la iglesia del rey Casto.

5 de 1254.—Alfonso XI hace donacion de diferentes iglesias á la de San Salvador de Oviedo.

6 de 1545.—Se divide el concejo de la Rivera de Abajo entre Oviedo y D. Gutierrez Gonzalez de Cienfuegos, señor de Allande y de Rivera.

7 de 1632.—Es jurado príncipe de Asturias D. Baltasar Carlos.

8 de 1825.—Comienzan las obras del nuevo pavimento de la iglesia catedral, costeado por el obispo Sr. Ceruelo.

F. CANELLA.

B. VIGON.

DISPOSICIONES OFICIALES

El instituto de Jovellanos de Gijon solicita se saque á oposicion la provision de la cátedra de Geografía é Historia, para lo cual ha sido nombrado auxiliar interino D. Juan Alvarez y Miranda.

Por la junta provincial de Instruccion pública de Oviedo se ha tomado el acuerdo de hacer obligatoria la adquisicion de las máquinas de coser de *Singer*, con aplicacion á las escuelas públicas de niñas.

Era de esperar que, atendiendo á lo mucho que hoy se cose á máquina, se creara tan útil enseñanza, la cual, en tiempo no lejano, reportará ventajas incalculables para las familias.

Las máquinas habrán de pagarse con fondos del material, y en forma poco sensible.

Ha sido remitido á la aprobacion del señor gobernador civil de Oviedo el proyecto de plan de caminos vecinales del concejo de Somiedo.

El primero de estos caminos que se construirá será el de Pola de Somiedo á la Collada de Balbarán, por Veigas, Villarín, Arveyales, Endruga y Saliencia, que tendrá una longitud de diez y seis kilómetros.

Ha sido nombrado individuo de la junta oficial de aranceles y valoraciones el diputado asturiano Sr. Jove y Hévia.

La direccion de los ferro-carriles del Noroeste aún no ha evacuado el informe que se le pidió, en 20 de Diciembre último, sobre empalme de la seccion de carretera de Campomanes con la estacion del ferro-carril.

Ha sido nombrado juez de primera instancia de Pontevedra don Nicolas Octavio de Toledo, y director de Sanidad del puerto de Gijon D. Salvador Palacio Parcerero.

Por el ministerio de Hacienda se ha dictado una real orden reconociendo como carga de justicia un censo de 1.500 reales de capital impuesto á favor de la capellanía de San Antonio de Padua, fundada en la iglesia de San Claudio, del concejo de Oviedo.

D. Florentino Lopez Bardan, jefe económico de Orense, ha sido nombrado jefe de negociado, subinspector de Hacienda.

En la Escuela de Bellas Artes de la Coruña se halla vacante una plaza de ayudante de modelado y vaciado de adorno, dotada con 1.375 pesetas, que se proveerá por oposicion.

Ha sido nombrado ayudante de campo del capitán general de Galicia el teniente de infantería D. Joaquin Alvarez Sanchez, y jefe de la seccion de Fomento de Orense D. José Barbeito, secretario que fué de los gobiernos civiles de Orense y Oviedo.

Se ha dejado sin efecto el nombramiento de gobernador civil de Lugo, hecho á favor de D. Santiago Ezquerro, y ha sido nombrado para dicho cargo D. José Gonzalez y Roncero.

MISCELÁNEAS

El día 1.º de Marzo falleció en Cádiz, víctima de una penosa dolencia contraída acaso en las prisiones á que le había llevado su integridad política, el contraalmirante D. Jacobo Oreyro, modelo de caballeros y marinos.

Nos prometemos dar en breve el retrato de este nuestro ilustre paisano, pero entre tanto séanos lícito rendir un tributo de consideracion á su honrada memoria y enviar un sentido pésame á la desconsolada familia.

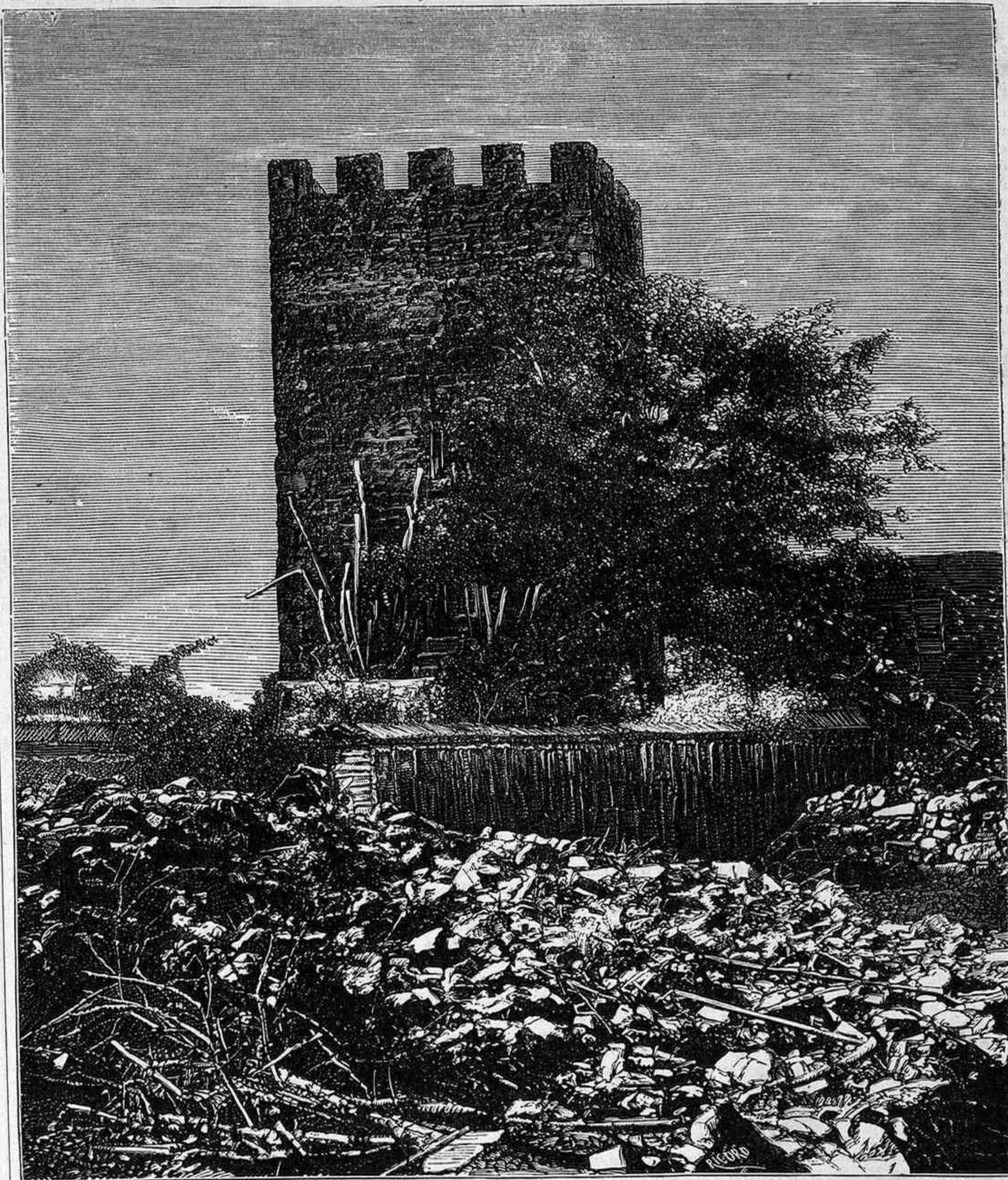
Verificadas las oposiciones á cátedras de Historia natural en varios Institutos, entre ellos en el de Gijon, ha sido propuesto para la cátedra vacante en el primer lugar de la terna el señor Nuñez.

Entre los individuos nombrados para la comision encargada de la reforma del Código de Comercio, figura nuestro respetable amigo y colaborador D. Justo Pelayo Cuesta.

Parece que con motivo de la salida del Sr. Sagasta, sufrirá alguna reforma el personal del Consejo de Administracion de los ferro-carriles de Asturias, Galicia y Leon.

Segun nuestros informes, la Universidad de Oviedo celebrará magníficamente el centenario de Calderon, y pronto se publicará el programa de la fiesta, que será digna de aquella escuela y de la capital de Asturias.

La Comision del claustro encontrará eficaz apoyo en todas las corporaciones que comprenden cuanto se honra á sí mismo el pueblo que honra al genio.



TORRE DEL CASTILLO DE ARJONILLA (En la que fué muerto el célebre poeta Mactas).

Leemos en *La Concordia*:

«El súbdito frances M. Luis Teijjer ha sido nombrado inspector de movimiento y tráfico en el ferro-carril de la Coruña á Sarria.

Entre otras, hé ahí una de las ventajas que el país alcanza con que hayan pasado á ser propiedad de empresas extranjeras los caminos de hierro que tanto oro han costado.»

Segun escriben de Santiago al colega *La Prensa*, es posible que el rector de la Universidad de Santiago, D. Antonio Casares, haga dimision de su cargo.

De una circular, publicada en el *Boletin Oficial* de Lugo, tomamos los importantes párrafos siguientes, en que el gobernador Sr. Guzman llama la atencion acerca de un dato curioso de la poblacion de su provincia, y aconseja muy acertadamente á las familias lo que deben hacer en el frecuente caso de la emigracion.

«Coincide á la vez, por otra parte, la circunstancia, desfavorable para los ayuntamientos de la montaña, de que por efecto del cretinismo ó raquitismo de sus habitantes, no puedan tampoco cubrir sus respectivos cupos por la falta de desarrollo físico de los mozos sorteados, habiéndose dado el caso de que á alguno de dichos distritos, que trajo á la capital ochenta mozos, le fuesen excluidos del servicio más de las dos terceras partes, por no haber alcanzado la talla de un metro quinientos milímetros. No puede, por consiguiente, culparse á falta de celo de los ayuntamientos, ni menos al de la Comision provincial, que por las razones antedichas no se halle absolutamente cubierto el cupo provincial; con tanto menor motivo, cuanto pasan de 1.700 los mozos que han ingresado en Caja en concepto de reclutas disponibles.»

Como esta provincia es de aquellas en que la emigracion á Cuba se deja sentir grandemente, sobre todo en los distritos municipales de la costa, y como es posible que algunos de los que se hallan en aquella Isla pertenezcan al cuerpo de voluntarios de la misma, es de suma importancia para las familias de los interesados, como para las corporaciones municipales, que se procure por todos los medios posibles la presentacion de certifica-

dos que acrediten aquella circunstancia, expedidos por los jefes de los cuerpos, en que sirvan con aquel carácter, debiendo venir en ellos el *Conforme* del general subinspector, y por conducto de la capitania general y gobernador de la mencionada Isla. Adornadas de estos requisitos las expresadas certificaciones, producirán el beneficioso resultado de que dichos mozos sean tomados á cuenta del cupo de cada distrito.»

El señor conde de Torre-Mata ha regalado al Sr. Romero Ortiz, para su notable Museo, la espada que usó Alvarez en la heroica defensa de la inmortal Gerona.

Tambien la señora condesa de Grá ha regalado al Sr. Romero Ortiz el baston y la faja que usó el baron de Meer en la batalla de Grá.

El Liberal, de Madrid, publica los siguientes despachos telegráficos de la Coruña sobre la ruidosa causa seguida al autor de los *Aires d'a miña terra*:

«*Coruña 4 (4.30 t.)*.—A la una de la tarde ha comenzado ante un público numeroso la vista en grado de consulta de la causa seguida al inspirado vate gallego Sr. Curros Enriquez, por ataques á la religion contenidos en su libro *Aires d'a miña terra*, y condenado á presidio en primera instancia.

El docto y elocuente abogado D. Luciano Puga ha pronunciado un informe brillantísimo, sosteniendo la inculpabilidad de la poesia y pidiendo la absolucion del Sr. Curros.

A las tres se suspendió el acto, que continuará mañana.—T.»
«*Coruña 5 (4 t.)*.—A las doce de la mañana continuó la defensa del poeta Curros Enriquez, terminando á las dos de la tarde. El abogado Puga ha estado elocuentísimo. La concurrencia ha sido inmensa.—T.»

Causas ajenas á nuestra voluntad nos han impedido publicar con este número, como habíamos prometido, la portada, índice y lista de suscripciones correspondientes al año último, que saldrán sin falta con el número del 18 del mes actual.